

JUNIO 2021

Abolir la seguridad nacional

Arun Kundnani



AUTOR: Arun Kundnani

Arun Kundnani es un escritor radicado en Nueva York. Es el autor de *The Muslims are Coming! Islamophobia, Extremism, and the Domestic War on Terror* (Nueva York, NY: Verso, 2014) y *The End of Tolerance: Racism in 21st century Britain* (London: Pluto, 2007). Fue redactor de la revista *Race & Class*, ha sido académico visitante en régimen de residencia en el Centro Schomburg de Investigaciones sobre la Cultura Negra de la Biblioteca Pública de Nueva York. Este estudio se basó en discusiones con varios académicos y activistas, especialmente con Amna Akbar, Nick Buxton, John Feffer, Deepa Kumar, Aviva Stahl y Jeanne Theoharis.

TRADUCCIÓN: Álvaro Queiruga

DISEÑO: Karen Paalman

Publicado por el Transnational Institute

Ámsterdam, junio de 2021

El contenido de este informe se puede citar o reproducir con fines no comerciales y siempre que se mencione debidamente la fuente de información. El TNI agradecería recibir una copia o un enlace del texto en que se utilice o se cite este documento. Nótese que algunas de las imágenes de este informe pueden estar sujetas a otras condiciones de derecho de autor.

www.tni.org/copyright

Índice

Introducción	4
La lógica de seguridad racial de estados unidos	6
El duelo por estados unidos	9
Los peligros que se avecinan	11
Amnesia colectiva	13
La arrogancia de la política de estados unidos hacia china	14
La guerra contra el terrorismo vuelve a casa	18
Nacionalismo catastrófico	23
Aprovechar el momento	25

Introducción

Mientras la pandemia de Covid-19 arreciaba en 2020, al menos 15 millones de personas participaron en manifestaciones de Black Lives Matter en todo Estados Unidos.¹ Este movimiento constituyó una forma de asumir la historia de violencia racista de ese país. La generación ridiculizada como “woke”² comenzó a comprender que la guerra, las prisiones y las fronteras no fomentan el bienestar de la mayoría de la población estadounidense, que convertir a su país en un “bote salvavidas armado” no es la solución para la crisis climática ni las pandemias zoonóticas, y que no existe la riqueza por goteo en el capitalismo racial, incluso para la mayoría de sus habitantes blancos. Quienes cumplieron la mayoría de edad tras la crisis financiera de 2008-2009 están dejando atrás la imagen falsa de un Estados Unidos excepcionalmente virtuoso.

Como sucede con cualquier movimiento, en este coexisten diversas motivaciones y orientaciones. De particular interés es el enfoque abolicionista que caracterizó a gran parte de la reciente lucha de masas liderada por activistas negros, influida por la política feminista negra y el movimiento por la diversidad sexual, y los conceptos radicales de cuidado que encarnan estas tradiciones.³ El abolicionismo es un modo de pensamiento y práctica política que surgió tras 20 años de organización contra el complejo industrial-penitenciario por parte de organizaciones del tipo de Critical Resistance.⁴ Sus objetivos más destacados han sido la abolición de las cárceles y la desfinanciación o recorte presupuestario de la policía, pero la oposición a la violencia y el militarismo en las fronteras también ha sido importante. El abolicionismo ubica a la policía y el encarcelamiento dentro de un conjunto más amplio de estructuras que incluye las fronteras y la violencia militar ejercida en el extranjero. Hace 15 años, una de las principales pensadoras

sobre el abolicionismo, Angela Davis, reclamó que se expandiera el activismo contra las prisiones para enfrentar también a las redes mundiales de encarcelamiento de la guerra contra el terrorismo.⁵ Hoy en día, grupos como Dissenters se están organizando contra la totalidad de la infraestructura de seguridad nacional de Estados Unidos desde la perspectiva del abolicionismo negro.⁶

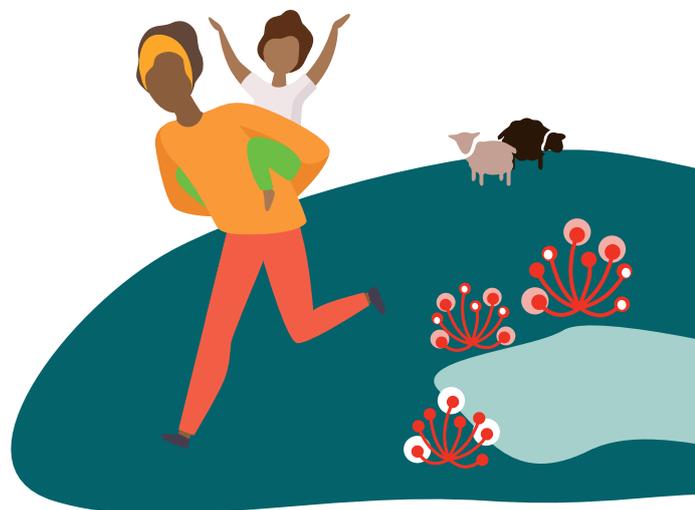
En el centro de la política abolicionista se encuentra el intento de reconceptualizar la idea de seguridad.

El movimiento abolicionista argumenta que la lógica predominante en el sistema penal-legal implica pensar que el daño es un problema que puede resolverse mediante la violencia punitiva oficialmente autorizada. Esto tiene dos consecuencias. En primer lugar, significa que el sistema penal-legal refuerza, en lugar de reducir, la circulación de la violencia, lo que da pie a la demanda de más policías y más cárceles, en un movimiento perpetuo de penalización. En segundo lugar, significa que se le quita atención al análisis de las causas sociales y económicas subyacentes de lo que llamamos “delito”. Las cárceles, en cambio, sirven para ocultar los problemas sociales que genera la “política económica inmanejable” del capitalismo global.⁷ Pero al hacerlo, esos problemas se agravan. El aumento considerable del número de cárceles y la militarización de las fuerzas del orden no son respuestas ante el aumento de la delincuencia sino una parte integral del neoliberalismo, que implica declarar “excedentes” a un gran número de personas. Las cárceles son formas de ocultar a esas personas y olvidar las cuestiones sociales que invocan; el racismo es esencial para este proceso.

En estas circunstancias, argumentan los abolicionistas, los reclamos de reforma de las cárceles y las fuerzas policiales con el fin de humanizarlas

pueden hacer más daño que bien. Lo mismo sucede con los pedidos para que se diferencie mejor entre quiénes merecen ir a la cárcel y quiénes no. Con este tipo de pedidos se evita la reflexión sobre las causas subyacentes de los problemas que las cárceles y la policía pretenden resolver. En cambio, **el abolicionismo propone la creación de un “conjunto de instituciones sociales que comenzarían a solucionar aquellos problemas sociales que llevan a que las personas terminen en la cárcel, contribuyendo así a que la prisión se convierta en una institución obsoleta”.**⁸ Este sentido más amplio de la seguridad implicaría cubrir las necesidades de educación, cuidado infantil, vivienda y atención médica, así como la despenalización del consumo de drogas, del trabajo sexual y de la migración. Asimismo, al crear un sistema de justicia basado en la reparación y la reconciliación, y no en la retribución y la venganza, no existiría, en definitiva, las cárceles se volverían innecesarias.⁹

Evidentemente, no se puede lograr ese objetivo de inmediato. Por ahora, la pregunta es cómo se pueden impulsar reformas en el sistema penal-legal que avancen hacia la desfinanciación y el desmantelamiento. La respuesta dependerá del contexto local y del equilibrio entre las fuerzas políticas. Además de la generación de poder mediante la organización popular, las iniciativas electorales también desempeñarán un papel importante. El Proyecto de Justicia Electoral de la coalición Movement for Black Lives, por ejemplo, propuso el proyecto de ley Breathe (Respira), una iniciativa que propone recortar los fondos destinados al encarcelamiento y las fuerzas del orden a nivel federal, eliminar el Servicio de Inmigración y Control de Aduanas (ICE) y la Administración de Control de Drogas (DEA) de Estados Unidos, financiar enfoques comunitarios y no punitivos de seguridad pública, despenalizar retroactivamente el consumo de drogas, invertir en educación, salud, vivienda y justicia ambiental, y ampliar los derechos de los trabajadores.¹⁰ Concebir alternativas al sistema penal-legal es una tarea en curso.



No obstante, lo que sorprende son las posibilidades generativas que tendría la aplicación de una estrategia abolicionista, no solo en el plano nacional de Estados Unidos, sino también en sus organismos de seguridad internacional. En este sentido, el abolicionismo recurre al legado que dejó la política internacionalista del movimiento negro estadounidense. Por ejemplo, para el Comité Coordinador Estudiantil No Violento (SNCC) a fines de la década de 1960, la lucha por la libertad de la población negra en Estados Unidos fue un elemento más dentro del movimiento internacional de liberación, que incluía a Vietnam, Puerto Rico y Palestina, entre otros.¹¹ Como expresó el presidente del SNCC, H. Rap Brown: “No hay diferencia entre Harlem y Puerto Rico, o Harlem y Vietnam”.¹² En otras palabras, hay una superposición entre las estructuras de la violencia policial en el país y las estructuras de la violencia militar en el exterior. Como sucede con su sistema penal-legal, las acciones militares de Washington en el extranjero propagan la violencia en lugar de reducirla, de modos que con frecuencia se organizan mediante el racismo y nos distraen de abordar los problemas sociales y ecológicos que enfrenta el planeta. Para el abolicionismo, la discusión sobre qué acciones militares estadounidenses constituyen “intervenciones” legítimas y cuáles no es un horizonte limitante que oculta las causas estructurales de las guerras sin fin. Asimismo, la discusión sobre a quiénes aplicar el control de fronteras y a quiénes no implica eludir la reflexión

sobre la función que desempeñan las fronteras en nuestros sistemas socioeconómicos y cuáles podrían ser las alternativas.

Un marco abolicionista implica entender que la verdadera seguridad no surge de eliminar las amenazas sino de la presencia del bienestar colectivo.

Un marco abolicionista implica entender que la verdadera seguridad no surge de eliminar las amenazas sino de la presencia del bienestar colectivo. Aboga por la construcción de instituciones que fomenten las relaciones sociales y ecológicas necesarias para llevar una vida digna, en lugar de identificar de manera reactiva a los grupos de personas que se ven como amenazas. Sostiene que la verdadera seguridad no radica en el dominio sino en la solidaridad, tanto en el plano personal como el internacional. Solo desde la perspectiva internacionalista se pueden abordar problemas de seguridad como el cambio climático y las pandemias. A largo plazo, lograr la seguridad de un grupo de personas a expensas de otro es una falsa ilusión.¹³ En cuanto a lo normativo, el enfoque abolicionista implica la gradual desfinanciación y reducción de la exacerbada infraestructura militar, de inteligencia y de fronteras de Estados Unidos, y la construcción de instituciones alternativas que puedan ofrecer seguridad colectiva ante los peligros ambientales y sociales.

En las páginas siguientes se argumenta que una política abolicionista ofrece la mejor estrategia para superar los fracasos de la política de seguridad nacional de Estados Unidos. El abolicionismo no se limita a exigir el desmantelamiento de determinadas agencias de seguridad nacional, sino que ofrece un marco conceptual para repensar la idea de seguridad y tomar medidas hacia una transformación profunda de la formulación de

políticas. El presente estudio comienza con un análisis de la lógica de seguridad racial predominante que forjó la política estadounidense, y de algunos de los reflejos defensivos que bloquearon los esfuerzos para lograr el cambio. Luego aplica un análisis abolicionista a las políticas incipientes de seguridad nacional del Gobierno de Biden. Si bien la seguridad nacional está organizada actualmente como una reacción frente a diversas amenazas (como la de Rusia, los ataques cibernéticos, los “Estados fallidos” y la proliferación nuclear), el presente estudio se concentra particularmente en China y la extrema derecha como nuevas narrativas de amenazas. A continuación se discuten las limitaciones de la estrategia de seguridad de Estados Unidos frente a las crisis climáticas y pandémicas. Finalmente, se incluyen recomendaciones sobre cómo podría surgir una política de seguridad alternativa en Estados Unidos.

La lógica de seguridad racial de estados unidos

Estados Unidos gasta actualmente más de un billón de dólares al año en seguridad nacional. Esa cifra, distribuida entre las agencias militares, de inteligencia y de fronteras, duplica con creces el costo que exigiría vacunar a toda la población mundial contra la COVID-19 y brindarle una red de seguridad global que impida que cualquier persona termine en la pobreza debido al virus.¹⁴ El presupuesto del Departamento de Defensa por sí solo comprende más de la mitad del gasto anual no esencial del Gobierno federal. Las fuerzas armadas de Estados Unidos despliegan a dos millones de hombres y mujeres en más de 800 bases militares distribuidas en 90 países y territorios del planeta. Washington llevó a cabo operaciones militares encubiertas en 154 países en 2020,¹⁵ mantiene un arsenal estimado en 3.800 ojivas nucleares y, en los próximos años, prevé un gasto aproximado de 100.000 millones de dólares para la compra de 600 misiles nucleares más a la empresa de defensa Northrop Grumman.¹⁶ Las fuerzas

armadas estadounidenses son el mayor productor institucional de gases de efecto invernadero del mundo. En 2017, el Pentágono fue responsable de generar más emisiones de gases de efecto invernadero que países enteros como Suecia, Dinamarca y Portugal.¹⁷ Aparte de las fuerzas armadas, el actual sistema de seguridad nacional de Estados Unidos incluye organismos creados a principios de la Guerra Fría, como la Agencia Central de Inteligencia y el Consejo de Seguridad Nacional, y otros creados más recientemente en respuesta a las guerras contra las drogas y el terrorismo, como la Administración de Control de Drogas y el Departamento de Seguridad Nacional. Con marcos globales como la guerra contra el terrorismo y la guerra contra las drogas, que comprenden relaciones de intercambio de inteligencia, entrenamiento, exportaciones de armas y asistencia financiera, Washington tiene la capacidad de atraer a otros Estados a su maquinaria de seguridad, generando espirales de conflicto en América Latina, Oriente Medio, el sur de Asia y África. Estados Unidos sigue siendo el mayor exportador de armas del mundo, y en los últimos cinco años su participación creció a más de un tercio del total de las exportaciones de armas del planeta.¹⁸ En la era neoliberal, el sistema de seguridad nacional incorporó una red de empresas de seguridad privada en los rubros de fabricación de armas, logística militar, dotación de mercenarios y otros tipos de personal armado, guerra cibernética, fortificación de fronteras y tecnología de vigilancia. Más indirectamente se encuentra el conjunto de inversores de Wall Street que lucra con el sistema de seguridad nacional financiado por los contribuyentes.



La magnitud de esta infraestructura es aceptada casi por completo como un trasfondo que se da por sentado en la formulación de la política exterior de Estados Unidos. Ponerlo en cuestión equivale a quedar fuera de lo que se considera una opinión legítima en la política de élite estadounidense.

El hilo conductor de este consenso es un proceso ideológico que implica la identificación y dominación de los “actores malos”, ya sea que estén constituidos por Estados-nación o movimientos insurgentes. Los marcos en los que se conciben estos “actores malos” tienen sus fundamentos en la historia racial y colonial de Estados Unidos. Hoy en día tienen un alcance mundial. Desde las guerras fronterizas del período colonial hasta la guerra contra el terrorismo, la construcción de amenazas a la seguridad implica lo que Michael Rogin denomina la “fantasía de la violencia del salvaje”, el temor de que los grupos racialmente subordinados impongan su barbarie sobre los civilizados.¹⁹ Las rebeliones contra la dominación racial y colonial son las emergencias indispensables en torno a las que habitualmente se han organizado la política y la práctica de seguridad en Estados Unidos. Algunas de estas emergencias son reales, varias exageradas y otras totalmente imaginadas. Sus elementos raciales pueden ser explícitos o estar ocultos. En todo caso, les dan pie a los héroes míticos de la expansión estadounidense para exigir venganza o rescate racial.²⁰ Se trata de lo que Franco Fornari describe como “la increíble paradoja de que la función de seguridad más importante no es defendernos de un enemigo externo, sino encontrar un enemigo real”.²¹ En cierto sentido, Estados Unidos nunca dejó de pelear contra los “salvajes” en sus fronteras, incluso cuando la frontera se expandió a los campos de batalla internacionales de la Guerra Fría, la guerra contra el terrorismo y la guerra contra las drogas.²²

El enemigo en cada caso es caracterizado por una atribuida falla inherente a respetar las reglas “civilizadas” del conflicto. Para los conservadores, el enemigo es necesariamente ajeno a los valores de la civilización occidental; para los progresistas, el enemigo no es capaz de defender la democracia ni los derechos humanos. Pero estas diferencias políticas esconden una solidaridad implícita: con escasas excepciones, conservadores y progresistas coinciden en que la seguridad nacional implica la dominación absoluta de los enemigos menos civilizados. De esta manera, el sistema de seguridad nacional de Estados Unidos proclama su propia inocencia y virtud siendo, como señalara Martin Luther King en 1967, “el mayor proveedor de violencia en el mundo”.²³

En las primeras décadas del siglo XX, observa Robert Vitalis, “las relaciones internacionales implicaban relaciones raciales.”²⁴ A lo largo del siglo, Estados Unidos combatió cada vez más en “guerras sin fin, llevadas a cabo con falsas promesas de seguridad y libradas contra enemigos espectrales en constante desplazamiento, impulsadas por ideologías de orden y contrainsurgencia y por políticas para contener y cuarentenar las consecuencias de la pobreza mundial”, como escribe Avery Gordon.²⁵ Al mismo tiempo, un cálculo de seguridad directamente racial terminó por refinarse y convertirse en una noción de amenazas definida ideológica y criminológicamente: comunistas, terroristas, estados rebeldes, extremistas islámicos, carteles de droga e inmigrantes ilegales. Sin embargo, los rastros de la categorización racial perduraron. Las técnicas de vigilancia y propaganda que el sistema de seguridad estadounidense aplica cada vez más surgieron por primera vez de forma organizada con el Gobierno colonial estadounidense en Filipinas, a principios del siglo XX. Posteriormente se aplicaron en Estados Unidos en el contexto de la ola de “amenazas rojas” tras la Primera Guerra Mundial. “Después de años de pacificar un imperio en el exterior donde la raza era el marco de la percepción y la acción, los veteranos de guerra de las colonias volvieron a casa para aplicar la misma mirada en

Estados Unidos, y veían a las comunidades étnicas no como sus conciudadanos sino como colonias internas que exigían controles coercitivos”, escribe Alfred McCoy.²⁶ En la Guerra Fría, el racismo fue un factor fundamental para la producción ideológica de la imagen del comunismo como el enemigo.²⁷ Se entendía que el sistema soviético no era un producto de la historia europea, sino el “tradicional despotismo oriental con tecnología moderna añadida”.²⁸ Para el FBI de la década de 1920, los judíos inmigrantes eran agentes de la subversión anarquista y comunista; para el FBI de la década de 1960, el movimiento de liberación negra era un complot comunista oculto; para el FBI de la década de 2000, la asociación política musulmana era precursora del terrorismo.²⁹

Junto con el discurso oficial del antiterrorismo y la contrainsurgencia, la guerra contra el terrorismo invocaba los fantasmas de la segregación de las leyes de Jim Crow y el colonialismo de colonos. Cuando aparecieron las fotos que festejaban las torturas a los prisioneros en la cárcel de Abu Ghraib, estas tenían un parecido inconfundible con las postales de linchamientos populares de un siglo atrás. Para el defensor de la guerra de Irak, Robert Kaplan, “la guerra contra el terrorismo se trataba en realidad de domar la frontera”. El profesor de historia militar de la Universidad de Yale, John Lewis Gaddis, argumentó que el origen de la guerra de Irak fueron las guerras que limpiaron la frontera de Estados Unidos de “indígenas estadounidenses, piratas, bandidos y otros agentes libres”. Y cuando en 2003 el Fiscal General Adjunto, John Yoo, redactó un memorando con el fin de justificar la tortura, recurrió a un caso de 1873 de prisioneros indígenas modocs como precedente legal. No en vano la operación para matar a Osama bin Laden se denominó Gerónimo.³⁰

Pero el peso de la historia no explica del todo las modalidades de la política y la práctica de la seguridad nacional de Estados Unidos en la era neoliberal. El neoliberalismo depende de las divisiones internacionales del trabajo, codificadas

racialmente, que hacen que extensas franjas de la población humana sean superfluas para la producción capitalista. Los proyectos de vigilancia racista, encarcelamiento masivo, militarización de las fronteras y lucha contra el terrorismo apuntan a gestionar este “excedente” de humanidad en el neoliberalismo, desde la drástica expansión de los regímenes fronterizos, con su enorme cantidad de muertos en los desiertos al sur de Estados Unidos, y el depósito de millones de refugiados en campamentos que están convenientemente lejos de Occidente, a las infraestructuras internacionales de contrainsurgencia, como la guerra contra el terrorismo y la guerra contra las drogas, que provocan cientos de miles de muertes innecesarias.³¹ Esto, a su vez, proporciona la base material para los brotes recurrentes de nacionalismo y racismo que florecen en las ruinas que cosecha el neoliberalismo con el desmantelamiento de la acción democrática colectiva.³²

El énfasis que pone el neoliberalismo en la seguridad ofrece un fundamento nuevo para la legitimidad del Gobierno en sí. Como dijo el expresidente de la Reserva Federal, Alan Greenspan, al diario de Zürich Tages-Anzeiger en 2007: “Gracias a la globalización, las decisiones normativas en Estados Unidos fueron reemplazadas en gran parte por las fuerzas del mercado mundial. Aparte de la seguridad nacional, apenas importa quién será el próximo presidente”.³³ En otras palabras, dado que la política económica suele estar absorbida por los mercados internacionales, a los Gobiernos neoliberales les resulta difícil obtener el consentimiento de la ciudadanía atribuyéndose la mejora de su bienestar material; en cambio, es más fácil legitimarse atribuyéndose la protección de la ciudadanía frente a una infinidad de peligros terribles, a saber: la “seguridad nacional”. Las poblaciones caracterizadas racialmente que fueron desposeídas por el neoliberalismo se presentan entonces como nuevas fuentes de peligro, en la forma de terroristas, migrantes o delincuentes.³⁴ La contienda política neoliberal se convierte en una cuestión de partidos que compiten por la identificación de las

amenazas y la implementación de espectáculos de violencia como respuesta. El resultado es una cultura política deformada: la seguridad nacional tiene una presencia dominante en los círculos que deciden las políticas, pero esa presencia sustenta principalmente una fantasía de dominación y evita que se reconozcan los fracasos estructurales del neoliberalismo.

El duelo por estados unidos

Esta situación no es exclusiva de Estados Unidos sino que es una tendencia donde sea que predomine el neoliberalismo. Sin embargo, al contexto estadounidense lo distingue el apego ideológico a la fantasía de una década de 1990 infinita, cuando, en el período posterior a la Guerra Fría, el excepcionalismo estadounidense parecía haber hecho posible un orden mundial estable, dominado por Estados Unidos, antes de que en el siglo XXI China ascendiera a la posición de superpotencia. La falsa ilusión del retorno a la “primacía” estadounidense de la década de 1990 como medio viable para brindar seguridad nacional quedó obsoleta hace mucho tiempo. Sin embargo, en el proceso de formulación de políticas de Washington, las alternativas a este tipo de estrategia sencillamente no son creíbles.³⁵ Al no asumir que su decadencia geopolítica es irreversible, así como los desafíos ambientales y sociales que enfrenta en la actualidad, Estados Unidos pospone el duelo colectivo por la pérdida de un Estados Unidos que fue muy querido pero que ya no existe. Esta incapacidad para lidiar con el final prematuro del siglo estadounidense se expresa tanto en los progresistas que reclaman el regreso a un “sistema internacional basado en normas” –eufemismo para la globalización al estilo de la década de 1990– como en el llamamiento de Trump de “que Estados Unidos vuelva a ser grande”. Negarse a aceptar la caída de la fantasía de omnipotencia estadounidense produce una parálisis de melancolía ante los peligros sociales y ambientales, incluso cuando el sistema de seguridad nacional de Estados Unidos arremete contra la

lista de objetivos actuales: China, Rusia, Venezuela e Irán.³⁶

Afrontar de lleno el ocaso del dominio indiscutido de Washington también implicaría reconocer las diversas formas de injusticia (supremacía blanca, colonialismo de colonos y guerra imperial) que establecieron ese dominio. Pero hay fuerzas poderosas que operan con ahínco para rebatir el conocimiento que indica que la historia de conquista y violencia racial de Estados Unidos es moralmente indefendible. Esto exige mecanismos de defensa cada vez más elaborados que buscan suprimir el conocimiento de esta violencia o, en su defecto, ubicar su origen en otra parte.³⁷ Uno de esos mecanismos supone reconocer que el poder de Estados Unidos radica en una enorme capacidad de violencia militar, pero presentándolo como una reacción necesaria en un mundo peligroso de terroristas, narcotraficantes y Estados rebeldes. De esta manera, la violencia estadounidense se proyecta hacia las personalidades de enemigos raciales fanáticos, lo que permite al país mantener una imagen propia de inocencia y beneficencia. Otro mecanismo es el rechazo sistemático de los pedidos de reconsideración del lugar que Estados Unidos ocupa en el mundo. Ese rechazo se impone con más fuerza cuando la disidencia surge de personas de origen africano, asiático, latinoamericano o de Oriente Medio, que aportan conocimientos sobre las consecuencias catastróficas que tuvo la política exterior de Washington en esas regiones. A los conservadores la composición étnica cambiante de la población estadounidense les genera la interrogante de si en el futuro la mayoría habrá de defender instintivamente la idea patriótica de la virtud estadounidense o, en cambio, sentirá lealtad hacia los países de origen en el extremo receptor de la violencia estadounidense. Por ejemplo, Ilhan Omar, la legisladora del Partido Demócrata de Minnesota, criticó los asentamientos y los ataques militares israelíes, exigió la reducción de las bases militares de Estados Unidos y cuestionó los antecedentes históricos del sistema de política exterior del país al interrogar a Elliott Abrams,

nombrado por Trump, sobre su apoyo pasado a la postura de Washington que habilitó las masacres de la población civil de El Salvador en la década de 1980.³⁸ En respuesta a ello, recibió una andanada de ataques islamófobos, denuncias de apoyo al terrorismo y hasta acusaciones de haber contraído matrimonio con su hermano con fines migratorios.³⁹ La furia conservadora contra Omar proyecta sobre ella todo el malestar reprimido por las verdades sobre la violencia estadounidense que ella ha expresado.

Los sectores progresistas defendieron a Omar, pero la forma en que lo hicieron apunta a un mecanismo de defensa diferente. Argumentaron que, como su familia somalí decidió trasladarse a Estados Unidos, ella debería considerarse como la personificación de los valores estadounidenses de inclusión que permiten que los inmigrantes prosperen, y no como un símbolo del extremismo islámico. Al hacerlo, la discusión se replantea como un asunto de diversidad –quién pertenece legítimamente a las élites estadounidenses– y no como una cuestión de qué tipo de políticas exteriores implementan esas élites. Así se convierte en otro mecanismo para contener el mensaje de Omar y convertirla en una figura ideal que ayudará a los progresistas a aplacar sus propias ansiedades: su historia se convierte en un relato de superación de la adversidad racial, que afirma la inminencia de la redención de Estados Unidos. Las imágenes que muestran la diversidad de la élite constituyen otra forma de aplazar la confrontación con las estructuras más profundas de la lógica de seguridad racial de Estados Unidos. Esto se refleja en el énfasis que el Gobierno de Biden puso en el nombramiento de personas de color en puestos de alto nivel, proponiendo el gabinete más diverso en la historia del país.⁴⁰ Un pilar importante de la plataforma política del presidente Biden fue la restitución de las ideas progresistas sobre la virtud estadounidense, pero las dudas que acompañan a esos conceptos no se pueden suprimir fácilmente. La afirmación progresista de que Trump no representa a Estados Unidos coexiste incómodamente con la sospecha

de que, en su racismo, sexismo y burda provocación de la ley y la decencia, en verdad sí lo representa.

Solo cuando la violencia de la lógica de seguridad racial de Estados Unidos haya salido a la superficie y se haya asumido en su plenitud podrá comenzar un verdadero proceso de reconciliación .

Los peligros que se avecinan

La distancia entre las narrativas oficiales de Washington sobre la seguridad nacional y las necesidades reales de seguridad de la población común ya es palpable. En las próximas décadas, tres grandes peligros acecharán la vida de los seres humanos y otras especies del planeta: la crisis climática, las pandemias zoonóticas y los colapsos sociales generados por el capitalismo racial sostenido. A menos que se aborden estos peligros interrelacionados, una grave inseguridad afectará a un número cada vez mayor de personas a merced de las enfermedades, la indigencia y el desplazamiento; la lógica del “libre mercado” seguirá minando la capacidad para alcanzar el cambio democrático; y la distribución de los recursos y la violencia estará determinada por el racismo y los nacionalismos en auge.

Las consecuencias del calentamiento del planeta a raíz de la economía impulsada por los combustibles fósiles son catastróficas. Ya ha comenzado el sexto episodio de extinción masiva de especies, lo que un estudio denomina la “aniquilación biológica” de ecosistemas esenciales para el bienestar

humano.⁴¹ Los océanos, que absorben un tercio de las emisiones de dióxido de carbono, se están acidificando a un ritmo que supera todo cambio conocido en la química oceánica al menos en los últimos 800.000 años, y ello está destruyendo los arrecifes de coral que fueron la “cuna de la evolución” a lo largo de la historia biológica de la Tierra.⁴² La desaparición de tantas especies y poblaciones terrestres y oceánicas no se había dado a esta velocidad desde la extinción de los dinosaurios.⁴³

Cerca de un 15 % del Polo Norte, que existe como hielo en flotación desde hace millones de años, se ha derretido desde la década de 1970. En algunos decenios, el hielo del mar Ártico desaparecerá por completo en los meses de verano. Los glaciares, que reaccionan a los cambios de temperatura más a largo plazo y no tanto en determinados años cálidos, también se están derritiendo a un ritmo vertiginoso. Tocones de árboles e incluso restos humanos conservados en el hielo durante miles de años están saliendo a la superficie, mientras los grandes ríos que se originan en los glaciares, como el Indo y el Ganges en la India, están cambiando de rumbo, poniendo a millones de personas en riesgo de inundación. En todo el mundo, las inundaciones y las tormentas de viento provocan seis veces más catástrofes ahora que en la década de 1960. El crecimiento del nivel del mar ya obligó a los habitantes de algunas islas del Pacífico a abandonarlas. En los próximos decenios se inundarán amplias zonas de importantes ciudades del mundo, y es probable que las viviendas de los 100 millones de personas que residen actualmente por debajo de un metro sobre el nivel del mar se vuelvan inhabitables.⁴⁴ Incluso un calentamiento global moderado podría exponer a grandes fracciones de la población humana a olas de calor insostenibles. De mantenerse las trayectorias actuales, regiones enteras del planeta serán demasiado cálidas para la supervivencia de seres humanos y otros mamíferos.⁴⁵ La Organización Mundial de la Salud (OMS) calcula que, entre 2030 y 2050, morirán aproximadamente 250.000 personas por año debido



al aumento de la exposición de personas mayores al calor y de casos de enfermedades diarreicas, paludismo, dengue, inundaciones costeras y retraso del crecimiento infantil, provocados por el cambio climático.⁴⁶

Un habitante promedio de Estados Unidos provoca una emisión de carbono a la atmósfera equivalente a la que generan al menos 500 habitantes de Etiopía, Chad, Afganistán, Malí, Camboya o Burundi.⁴⁷ Las emisiones en Estados Unidos también varían considerablemente según la clase social: los hogares de los barrios residenciales ricos emiten 15 veces más que los vecindarios aledaños menos acomodados.⁴⁸ No obstante, el calentamiento global reserva sus peores consecuencias para los pobres, especialmente de África subsahariana y el sur de Asia, donde la devastación ambiental se superpone a largas historias de despojo colonial. La caída de las precipitaciones y el incremento de las sequías afectarán gravemente la producción agrícola en estas regiones, lo que aumentará considerablemente el número de personas que padecen hambre.⁴⁹ Incluso en los países más ricos, los pobres serán los más vulnerables a las inundaciones costeras anuales, las olas de calor y el agotamiento de los ecosistemas.

El calentamiento global es una de las causas subyacentes de las pandemias zoonóticas, como la COVID-19, junto con la destrucción ambiental que provocan los desmontes, la deforestación, la agricultura intensiva y el comercio y consumo de vida silvestre. Un panel de destacados expertos internacionales en epidemiología, zoología, salud pública y ecología de la enfermedad advirtió que las pandemias constituyen una amenaza existencial para la salud y el bienestar de las personas en todo el mundo, y que son cada vez más frecuentes. “Sin estrategias preventivas las pandemias surgirán con más frecuencia, se propagarán más rápidamente, matarán a más personas y afectarán la economía mundial con un impacto más devastador que nunca”, advierten.⁵⁰ En mayo de 2021, cuando se redactaba el presente artículo, 3,3 millones de personas

habían perdido la vida a causa de la COVID-19 en todo el planeta.⁵¹ En Estados Unidos murió más de medio millón de personas, el equivalente a 190 veces el número de muertos en los atentados del 11 de septiembre de 2001.⁵²

Vinculado a la crisis climática y el surgimiento de pandemias está el neoliberalismo, la forma de capitalismo desenfrenado que predomina desde la década de 1970. En este período, las empresas privadas han tenido rienda suelta para destruir el medio ambiente a una escala épica, provocando el colapso climático y el aumento de las pandemias zoonóticas. Además, la política neoliberal de individualismo de mercado debilitó la capacidad de acción colectiva por intermedio de las instituciones democráticas para resolver los problemas sociales y ambientales.⁵³ Algunas de sus consecuencias son el fracaso de la política para impedir las amenazas ambientales a la vida humana, el debilitamiento de los sistemas de salud pública necesarios para mitigar las repercusiones de la destrucción ambiental y el regreso a los niveles de desigualdad económica de la llamada Edad Dorada estadounidense. En Estados Unidos, el sistema de seguridad nacional no resolvió en lo más mínimo estos tres peligros, sino que continúa apostando a la fantasía de la seguridad propia mediante el dominio indisputado del planeta. El patrón general es que las políticas estadounidenses exacerban las mismas inseguridades que aparentemente deberían minimizar. Se trata de un historial de fracasos que solo puede calificarse de patológico.

Estados Unidos debe optar entre la agudización del caos y el desorden a medida que arrecien las fuerzas de la destrucción ambiental y social, y la transición hacia una modalidad de política de seguridad nueva que aborde los factores de las catástrofes.

Amnesia colectiva

La administración del presidente Biden no representa una ruptura fundamental con la lógica de seguridad racial sino un intento de corregir los excesos visibles del período de Trump e incorporar conceptos nuevos de amenaza en el proceso de formulación de políticas, especialmente en relación con China y la extrema derecha. Su decisión de levantar la prohibición del ingreso de musulmanes al país y de reincorporar Estados Unidos a la OMS y los acuerdos climáticos de París apuntan al período de Obama. Algunas de las políticas antiterroristas de la época de Trump se están modificando, pero no hay perspectivas de que se produzca una reevaluación más profunda.⁵⁴ Como sucedió antes con Trump y Obama, la campaña electoral del presidente Biden prometió acabar con las “guerras eternas”; es probable que tampoco cumpla con esta promesa. Mantuvo las políticas de sanciones devastadoras contra Irán y Venezuela, y su apoyo a la agresión israelí no se ve moderado ni siquiera con una condena retórica de los asentamientos, que caracterizaba a las declaraciones presidenciales anteriores a Trump.⁵⁵ En cuanto a la política de inmigración, una seguidilla de órdenes ejecutivas indica una ruptura con las políticas de Trump, pero el complejo industrial bipartidista en la frontera seguirá en pie. El principal cambio será el creciente despliegue de “fronteras inteligentes” promovido por las corporaciones de seguridad donantes del Partido Demócrata. La frontera entre Estados Unidos y México no será tanto una única línea fortificada en el mapa, sino más bien un sistema disperso de tecnología de vigilancia con la violencia tercerizada del lado mexicano. Continuará la violencia en las fronteras, pero quedará oculta con más frecuencia.⁵⁶

Aparte de los pormenores de sus políticas de seguridad nacional, el Gobierno de Biden instrumenta la transición hacia un nuevo repertorio de narrativas de amenazas. El principal paradigma de los dos últimos decenios, la guerra contra el terrorismo, ya no logra movilizar el consentimiento público

para la infraestructura de seguridad nacional. La prohibición del ingreso de musulmanes al país que propuso Donald Trump en la campaña electoral presidencial de 2016 explicitó lo que estuvo implícito durante los años de la guerra contra el terrorismo de George W. Bush y Barack Obama: hay que sospechar que los musulmanes son extremistas en virtud de su identidad religiosa. Pero el sentimiento antimusulmán apenas se asomó en la campaña por la reelección de Trump en 2020.

Hay una tendencia al olvido deliberado de las consecuencias devastadoras y los fracasos catastróficos que generó la guerra contra el terrorismo. La amnesia colectiva es una característica que siempre está presente en los momentos de transición en que las viejas amenazas se evaporan y las nuevas se forjan en la cultura pública.



Si su objetivo era limitar el número de vidas perdidas a causa del terrorismo, entonces la guerra contra el terrorismo ha sido terriblemente contraproducente: el número de víctimas de actividades terroristas en todo el mundo se multiplicó por nueve entre 2000 y 2015, según una definición aceptada de

terrorismo.⁵⁷ Nadie sabe la cifra exacta, pero es probable que más de un millón de hombres, mujeres y niños hayan muerto innecesariamente por las guerras que Estados Unidos libró como parte de la guerra contra el terrorismo.⁵⁸ En lugar de reducir la violencia, la guerra contra el terrorismo intensificó los conflictos. El motivo fue que sus ideólogos nunca se ocuparon de las causas fundamentales de la violencia política “yihadista”: el respaldo de Washington a regímenes autoritarios como los de Pakistán, Arabia Saudita y Egipto; el apoyo a la ocupación militar israelí en Palestina; y la guerra directa de Estados Unidos en Irak, Afganistán, Pakistán y demás. En cambio, prefirieron quitar estos factores políticos de la forma en que comprenden a sus adversarios y confiar en una fórmula superficial pero conveniente de radicalización por ideología religiosa extremista.⁵⁹

Además, dentro de Estados Unidos la guerra contra el terrorismo propagó dramáticamente la sospecha racial y la demonización organizadas de los musulmanes, cuya expresión más intensa ha sido la vigilancia, la investigación y el procesamiento por parte de las fuerzas del orden.⁶⁰ Estados Unidos pretende dejar atrás este sombrío legado sin haber aprendido la lección. Ninguno de los que planificaron o arengaron la matanza a escala industrial de los pobres en Medio Oriente, el sur de Asia y África tendrá que rendir cuentas. En esta transición, la infraestructura de seguridad de la guerra contra el terrorismo no se está desmantelando. La prisión militar que Washington mantiene en la bahía de Guantánamo permanece abierta: sus prisioneros, que no han recibido condena por delito alguno, están destinados a pasar el resto de sus vidas encerrados cual recordatorios ambulantes de un proyecto de seguridad obsoleto. En la legislación persisten normas autoritarias contra el terrorismo que, por ejemplo, permiten la acusación por “apoyo material”, son excesivas y penalizan el discurso y la asociación de las personas islámicas.⁶¹ El despliegue mundial de fuerzas militares en nombre de la guerra contra el terrorismo continúa: Estados Unidos llevó a cabo operaciones antiterroristas en 85 países entre 2018 y 2020.⁶²

Mientras no se aborden las causas fundamentales de los conflictos, el ciclo de violencia que denominamos “terrorismo” y “lucha contra el terrorismo” continuará.

Además, todavía nos acompaña el racismo antimusulmán que la guerra contra el terrorismo avivó.⁶³ De hecho, la lógica de la guerra contra el terrorismo habilitó la aparición de versiones propias de racismo antiislámico en Myanmar, Tailandia, Sri Lanka e India, donde los musulmanes han sido el chivo expiatorio de la propagación de la COVID-19. En China, la importancia del paradigma de la guerra contra el terrorismo generó una intensa vigilancia de la identidad religiosa, la clausura y la demolición de mezquitas y la internación masiva de musulmanes en campos de desradicalización en Xinjiang. Estas medidas constituyen una “extensión de los métodos occidentales”, según una descripción adecuada.⁶⁴ Con una ironía rara vez observada, las mismas redes de centros de investigación, periodistas e intelectuales oficialistas que elaboraron el régimen de seguridad de la guerra contra el terrorismo, que China adoptó posteriormente, ahora apuntan contra el autoritarismo de Xinjiang como una de las razones por las que Estados Unidos debe concentrar su política de seguridad nacional en la amenaza china.

La arrogancia de la política de estados unidos hacia china

La idea de una amenaza china está muy arraigada en la cultura de seguridad estadounidense, y abarca desde las campañas racistas de finales del siglo XIX y principios del siglo XX contra los inmigrantes chinos, hasta el anticomunismo de principios de la Guerra Fría. En la década de 1990, el neoconservadurismo estadounidense argumentaba que el foco de la “competencia estratégica” de Estados Unidos se desplazaría en el siglo XXI de Europa al este de Asia, donde una

China ascendente en el plano militar y económico amenazaba con convertirse en una “potencia en competencia” con Estados Unidos o en arrastrar a Occidente a un profundo y prolongado “choque de civilizaciones”.⁶⁵ Sin embargo, la hipótesis predominante en la política estadounidense en las décadas de 1990 y 2000 era que China se estaba integrando pacíficamente al sistema internacional liderado por Washington, representado por su solicitud de incorporación a la Organización Mundial del Comercio en 1995. Se pensaba que el ingreso a la economía mundial de cientos de millones de trabajadores chinos con salarios bajos permitiría a las empresas estadounidenses reducir costos laborales. Simultáneamente, los dólares que China obtenía con sus exportaciones se reinvertirían en bancos y bonos del tesoro de Estados Unidos, lo que aportaría capital a un auge crediticio en Occidente. El objetivo de esta “globalización” era darle incentivos a China para aceptar la hegemonía de Washington, mientras que el tamaño de las fuerzas armadas estadounidenses se mantenía como un factor de disuasión para un posible desafío a su dominio. Además, se supuso que cuanto más se desarrollara la economía de China, más llegaría a depender del consumo y la inversión estadounidenses, y por lo tanto, menor sería su amenaza potencial.⁶⁶

A fines de la década del 2000 quedó claro que la política hacia China se basaba en una ilusión. La globalización ya no se parecía tanto a un medio para asegurar la hegemonía de Estados Unidos sino a una descentralización de Occidente, dado que Asia Oriental amenazaba con superar a Estados Unidos y Europa para convertirse en la región más importante del sistema capitalista. China no le abrió las puertas a las corporaciones estadounidenses, sino que prohibió a Google y Facebook. China experimentó un crecimiento impresionante con la elaboración de productos destinados a consumidores occidentales y, cuando el consumo impulsado por el crédito de Estados Unidos se derrumbó tras la crisis financiera de 2008-2009, el modelo chino de desarrollo industrial liderado por

el Estado resultó ser más resiliente que los modelos de libre mercado al estilo estadounidense. China no imitaba a Estados Unidos, sino que buscaba una forma propia de modernización mediante la fusión de la planificación estatal y el capitalismo globalizado. Esa fusión no ofrece un modelo único que puedan adoptar otras élites gobernantes, pero su éxito en China alentó a otros países a desarrollar alternativas al neoliberalismo anglosajón. Hasta en Occidente ahora es común que los países apliquen estímulos fiscales masivos, políticas industriales activas y otros tipos de intervenciones para asegurar posiciones en los mercados a las empresas locales en un entorno mundial sumamente competitivo.

Cuando resultó evidente que la política de Estados Unidos hacia China no tenía las consecuencias previstas, se produjo una transformación en el pensamiento de la élite. La estrategia del “pivote asiático” que empleó el presidente Obama en 2012 buscaba contener el ascenso de China mediante el fortalecimiento de las alianzas militares con Japón, Australia y Filipinas. El nuevo sentimiento de decepción quedó resumido en un conocido artículo publicado en 2018 en la revista *Foreign Affairs* por Kurt Campbell, ideólogo de la política del pivote asiático y actual funcionario encargado de la política del presidente Biden en Asia, y Ely Ratner, nombrado por Biden asesor principal sobre asuntos de China en el Pentágono. “La hipótesis que suponía que la profundización de los lazos comerciales, diplomáticos y culturales transformaría el desarrollo interno y el comportamiento externo de China ha sido la piedra angular de la estrategia de Estados Unidos. Incluso integrantes de los círculos políticos estadounidenses que descreían de las intenciones de China seguían compartiendo la opinión subyacente de que el poder y la hegemonía estadounidenses lograrían fácilmente modelar a China al gusto de Estados Unidos”, escriben. Pero esa hipótesis se derrumbó, según los autores. El “orden progresista internacional no logró atraer ni vincular a China como se esperaba. En cambio, China ha seguido su propio rumbo, desmintiendo una serie de expectativas estadounidenses en el

proceso”, añaden.⁶⁷ La percepción actual que ve a China en una relación de “competencia entre potencias” con Estados Unidos, como lo indicó la Estrategia de Seguridad Nacional de 2017, se deriva de esta decepción con la política anterior de mayor colaboración.⁶⁸ Los progresistas se burlaban de la aparente obsesión del presidente Trump con la amenaza de China durante la campaña presidencial de 2016. Sin embargo, cuando Washington intensificó sistemáticamente la guerra comercial entre ambos países, lo que provocó una reducción de 100.000 millones de dólares en el comercio bilateral, obtuvo apoyo bipartidista.⁶⁹ En los últimos años las opiniones sobre China de la élite en los círculos de política exterior cambiaron rápida y drásticamente. En consecuencia, la política más hostil de Trump hacia China fue uno de los escasos aspectos de su agenda que tuvo el apoyo de los legisladores demócratas en el Congreso.⁷⁰

Desde la derecha, el senador republicano Tom Cotton propuso “una estrategia de desvinculación dirigida” en la que Estados Unidos buscaría dismantelar la integración económica con China mediante la recuperación de su producción nacional.⁷¹ Mientras tanto, Frank Gaffney, del Center for Security Policy y una figura clave en la propagación de teorías de conspiración antimusulmanas en la guerra contra el terrorismo durante los dos últimos decenios, sumó fuerzas con Steve Bannon, exestratega principal del presidente Trump, para lograr la adopción de fuertes sanciones contra las empresas estatales chinas, con el objetivo de negarles el acceso a los mercados de capitales estadounidenses.⁷² Exfuncionarios de la CIA y el Claremont Institute, partidario de Trump, están activos en la nueva organización de Gaffney y Bannon, el Comité sobre el Peligro Presente: China.⁷³ Los conservadores del tipo “Estados Unidos primero”, como Bannon, y los neoconservadores, como Gaffney, ven al Partido Comunista Chino como una entidad sospechosa, mientras que las autoridades políticas progresistas de Washington pretenden que retome el lugar de subordinación y colaboración que ocupaba en el

sistema mundial en las décadas de 1990 y 2000. Por ejemplo, un estudio publicado recientemente por el Atlantic Council, un centro de investigación históricamente asociado con la OTAN, sostiene que el desafío más importante que enfrenta Estados Unidos es “el surgimiento de una China cada vez más autoritaria con el presidente y secretario general Xi Jinping”. Antes de Xi, argumenta el informe, “China se proponía integrar el orden internacional existente, y no rehacerlo a su imagen. Ahora, sin embargo, la misión de la estrategia de Estados Unidos hacia China debería ser que China regrese a su camino anterior a 2013, es decir, al statu quo estratégico anterior a Xi”. La idea es que este retorno a las ilusiones de la globalización al estilo de la década de 1990 se logre mediante un ataque ideológico al modelo chino, manteniendo la superioridad militar y tecnológica de Estados Unidos y ofreciendo incentivos a los aliados asiáticos para formar una alianza antichina.⁷⁴

Quizá la última persona en los círculos políticos de Washington que adoptó una postura rigurosa hacia China fue Biden. El presidente había comenzado su campaña electoral siendo partidario de la cooperación. China “no es competencia para nosotros”, afirmó y se jactó de las horas que pasó con Xi Jinping cuando era vicepresidente. Pero a lo largo de 2020 Biden se “reprogramó” con respecto a China, según un asesor.⁷⁵ Hacia el final de la campaña electoral Biden había calificado a Xi de “matón” y publicado un video que fustigaba a China.⁷⁶ Luego, cuando Tony Blinken fue designado secretario de Estado del Gobierno de Biden, declaró ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado que el presidente Trump “tenía razón” al adoptar un tono más duro contra China.⁷⁷ Se informó que el líder de la mayoría del Senado, Charles Schumer, estaría elaborando un proyecto de ley para contrarrestar el ascenso de China mediante el estímulo a las cadenas de fabricación y suministro de Estados Unidos, entre otras medidas.⁷⁸ Hoy, el consenso generalizado de los líderes de ambos partidos es que China es la principal amenaza para los intereses de Estados Unidos. La infraestructura de la política

exterior hacia China que Washington construyó en los últimos años permanecerá mayormente en su lugar: aranceles nuevos, sanciones nuevas y unidades de inteligencia nuevas, como la “iniciativa de China” del Departamento de Justicia, que aplica la caracterización racial (racial profiling) a los científicos de ascendencia china.⁷⁹ Mientras tanto, el Congreso respalda la Iniciativa de Disuasión del Pacífico, un enorme esfuerzo del Pentágono para contrarrestar a China con más recursos militares en la zona del Indo-Pacífico.⁸⁰ Una vez más, Washington conjura el espectro de un enemigo incivil que se rebela contra su lugar asignado en la jerarquía racial global.

El alcance de la movilización antichina entre los responsables de la política exterior de Estados Unidos sorprende por dos razones. En primer lugar, el conflicto con China se desarrolla principalmente como una lucha por quién determina las reglas y controla la infraestructura del comercio mundial, especialmente en relación con los nuevos circuitos de datos digitalizados, como las redes celulares de banda ancha. Es un tipo de conflicto muy diferente al de la Guerra Fría o la competencia anterior entre “potencias” de Europa. China está compenetrada con la economía global de una manera que la Unión Soviética nunca lo estuvo: la idea de que se trata de una nueva Guerra Fría es un error. Tampoco es un conflicto de intensificación de barreras comerciales que apunta al aislamiento económico nacional. Más bien, las barreras comerciales son, paradójicamente, un arma que los Estados utilizan para incidir en el crecimiento del comercio mundial a su favor. La prohibición que Estados Unidos impuso recientemente al algodón proveniente de la región china de Xinjiang, por ejemplo, se justificó con menciones a las violaciones de derechos humanos contra musulmanes en esa zona. Pero también habría aumentado la demanda mundial del algodón estadounidense.⁸¹ De hecho, las medidas que Washington adopta para presionar a Beijing están concebidas en beneficio de las corporaciones estadounidenses que operan a nivel mundial.⁸² Por ese motivo, aunque las barreras comerciales

despiertan un nerviosismo instintivo en Wall Street, el sector financiero no se opuso activamente a las medidas de Estados Unidos contra China.

En segundo lugar, existe el supuesto incuestionado de que Washington debería evitar que China equipare el poderío militar o económico de Estados Unidos, aun si solo se mide para la región de Asia oriental. Los neoconservadores, los conservadores del tipo “Estados Unidos primero” y los progresistas de élite siguen aferrados a la opinión de que Estados Unidos puede y debe alcanzar el nivel de dominio que tuvo al final de la Guerra Fría. Pero el triunfo del “orden internacional liberal” que Washington lideró en la década de 1990 fue producto de un conjunto de circunstancias fugaces y poco comunes, y no el punto final estable para la lógica histórica. La tendencia a largo plazo es de una relativa decadencia de Estados Unidos. El ascenso de China no es un producto de la última década, sino que refleja una tendencia centenaria de retroceso del poder occidental, que comenzó con la derrota de Rusia ante Japón en la guerra de 1905 y constituyó la primera vez en la era moderna que un país asiático venció a una potencia europea. Desde entonces, el poder geopolítico occidental se ha erosionado gradualmente gracias a una mezcla de nacionalismos anticoloniales, industrialización estatal y crecimiento impulsado por la exportación. El capitalismo continúa arbitrando la vida social en todo el mundo, pero su universalismo lo tornó multicultural y ya no es un indicio de la expansión occidental. China ahora tiene más habitantes que Estados Unidos que integran el 10 % más rico de la población mundial.⁸³ En lo militar, Estados Unidos sigue siendo absolutamente dominante, pero las derrotas en Afganistán e Irak indican los límites prácticos que tiene ese poderío en el siglo XXI.

Estados Unidos no podrá invertir la tendencia a la decadencia con guerras comerciales, sanciones, gasto militar o “batallas de ideas”. Cuanto más se apliquen esas medidas, más alentarán a China a reducir su dependencia de las exportaciones y limitarán el acceso de las empresas estadounidenses

al mercado chino. Si el Partido Comunista dejara de gobernar China será por factores internos (especialmente por la creciente asertividad de sus trabajadores) que tanto las corporaciones estadounidenses como el propio Partido Comunista chino tienen interés en desanimar. Al final, la política hacia China de Estados Unidos se fundamenta en la fantasía de que, si se hallaran las políticas adecuadas, el predominio estadounidense podría restablecerse y mantenerse indefinidamente.⁸⁴ No obstante, la política hacia China tiene consecuencias reales: en Asia oriental crece el riesgo de un conflicto bélico y las relaciones comerciales y diplomáticas pasan por un proceso de reformulación difícil de predecir; en Estados Unidos, las empresas de defensa y seguridad se benefician con el aumento del gasto militar, acumulando recursos que podrían usarse para atender las necesidades de salud, vivienda y educación; y se agravó el racismo contra las personas de origen asiático.⁸⁵

Existe la urgente necesidad de que los progresistas en Estados Unidos se opongan a la política emergente hacia China antes de que provoque un conflicto innecesario, imposible de ganar y que suponga un derroche de recursos. Será necesario abogar desde un tercer espacio entre los bandos de Washington y Beijing, antes que caer en la posición de mala fe que defiende al Partido Comunista Chino como la parte agraviada.



Los progresistas deben exigir que las disputas comerciales y territoriales se resuelvan con la mediación de instituciones multilaterales como la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y solicitar a los Gobiernos de las dos mayores economías del mundo que fortalezcan los enfoques multilaterales ante las crisis climáticas y pandémicas. Junto con esas demandas, los progresistas de Estados Unidos deberían solidarizarse con las personas en China que luchan por los derechos democráticos, las minorías y los trabajadores.

La guerra contra el terrorismo vuelve a casa

Aparte de China, la otra narrativa de amenazas que se presenta como especialmente importante en este momento es la extrema derecha. En este caso, no hay duda de que la extrema derecha es un auténtico peligro para la democracia estadounidense. Además, la atención que se presta a esta amenaza no es el resultado de un proceso de demonización racial, sino que parece ser lo contrario: un intento de contrarrestar la supremacía blanca en Estados Unidos. Sin embargo, hay buenos motivos para reflexionar más detenidamente antes de apoyar la incipiente agenda que busca lidiar con las organizaciones del nacionalismo blanco como si fueran una forma de terrorismo interno.

La extrema derecha estadounidense es un movimiento de masas portador de armas que consta de cientos de grupos armados distribuidos uniformemente por todo el país.⁸⁶ Se calcula que The Oath Keepers, uno de esos grupos, tiene 25.000 miembros.⁸⁷ No hay una cifra fiable que abarque el total de participantes armados en las organizaciones de extrema derecha estadounidenses pero es

probable que asciendan a cientos de miles.⁸⁸ Además de sus participantes activos, el movimiento parecería tener el respaldo de un 10 % de la población adulta del país: aproximadamente 30 millones de personas creen que quienes irrumpieron en el Capitolio el 6 de enero lo hicieron para proteger la democracia.⁸⁹ Esta base de apoyo de extrema derecha no está constituida por la “clase trabajadora blanca”, sino por propietarios de pequeñas y medianas empresas, trabajadores autónomos relativamente acomodados y personal (actual o pasado) militar, de inmigración, penitenciario y de fuerzas del orden público.⁹⁰ Esta base está representada en exceso en el Congreso por los 147 republicanos que votaron a favor de anular el resultado de las elecciones presidenciales de 2020 tras el ataque al Capitolio.⁹¹ Además de los atentados racistas que la extrema derecha lleva a cabo en Estados Unidos, incluida la frontera, también ataca la infraestructura del movimiento negro por la libertad. En 2019, por ejemplo, la extrema derecha incendió el edificio principal del Highlander Center en Tennessee, una institución clave del movimiento de derechos civiles, y destruyó documentos históricos, discursos, objetos y otros recuerdos acumulados durante décadas.⁹²

Cuando el Congreso inició el segundo juicio político contra Donald Trump en enero de 2021, más de 10.000 soldados de la Guardia Nacional estaban presentes en el Capitolio como medida de precaución ante la posible violencia de extrema derecha. Un soldado estadounidense y veterano de la guerra de Irak que fue movilizado para defender el Capitolio le preguntó a un periodista: “¿De verdad estamos en Estados Unidos o estamos de servicio en el extranjero?”⁹³ Había descubierto algo. Kathleen Belew demostró que el ascenso de la extrema derecha en Estados Unidos está muy vinculado con las guerras de Washington en el exterior. Tras el conflicto de Vietnam, entre los veteranos de guerra se conglomeró un movimiento del poder blanco, que unió al Ku Klux Klan con neonazis, cabezas rapadas y otros activistas. Desde entonces, el movimiento ha prosperado en

la resaca de las interminables pero infructuosas guerras de Estados Unidos.⁹⁴ Este movimiento de extrema derecha ofrece a sus participantes una explicación de las derrotas militares de su país: les dice que Estados Unidos se ha debilitado tras sucumbir ante fuerzas globales ocultas y el cambio demográfico, lo que denomina el “gran reemplazo” de los blancos por otros. También propone un curso de acción para cualquiera que sepa cómo usar un arma: traer la guerra a casa para luchar contra los enemigos internos que son quienes socavan a Estados Unidos.

La guerra contra el terrorismo exacerbó este proceso. Extendió la aprobación oficial a la idea de que los enemigos raciales deben ser vigilados, seguidos y dominados con violencia.

Al declarar al mundo entero como un campo de batalla, desdibujó los límites entre la guerra en el exterior y la vigilancia en casa, lo que fomenta la idea de una guerra que se librará dentro de Estados Unidos. Sobre todo, la guerra contra el terrorismo reactivó las furias del excepcionalismo y el expansionismo estadounidenses propias de la época del colonialismo de colonos.

Cuando esas furias se toparon con la derrota militar en el extranjero, no tenían a dónde ir excepto hacia adentro para hallar enemigos nuevos en el interior de Estados Unidos y en sus fronteras.⁹⁵ En este sentido, la extrema derecha hoy en día es la guerra contra el terrorismo que regresó a casa. No es de extrañar que los organismos de seguridad estadounidenses que propagaron la guerra contra el terrorismo hayan pasado décadas ignorando a la extrema derecha. La rara vez que una unidad del Departamento de Seguridad Nacional elaboró un

informe de inteligencia sobre la extrema derecha, cuatro meses después de que Obama asumiera la presidencia en 2009, la reacción conservadora fue tan virulenta que el documento fue rechazado y a la unidad se le impidió realizar tareas de supervisión posteriores.⁹⁶ En cambio, en el decenio siguiente, el FBI investigó a un pequeño número de activistas violentos de extrema derecha, pero en general se los veía como personajes solitarios o marginales que realizaban actos de violencia inexplicables.⁹⁷

En los dos últimos años surgió un nuevo análisis, en el contexto de la presidencia de Trump. En 2019, la Asociación de Agentes del FBI, que representa a más de 14.000 agentes activos y ex agentes del organismo, pidió al Congreso que el terrorismo interno se tipifique como un delito federal. El legislador demócrata Adam Schiff, presidente del Comité de Inteligencia de la Cámara de Representantes, también propuso una Ley de Terrorismo Interno, basada en la necesidad de combatir los atentados de los supremacistas blancos.⁹⁸ Ambas propuestas implican la extensión de la infraestructura de la guerra contra el terrorismo para atacar la violencia de la supremacía blanca. Luego, en los días posteriores al ataque de la extrema derecha contra el Capitolio en enero de 2021, los observadores trazaron numerosas analogías con la guerra contra el terrorismo. El senador demócrata Jack Reed, del estado de Rhode Island, comparó ese día con el 11 de septiembre, cuando también fue evacuado del Capitolio.⁹⁹ El New York Times informó que el ataque "constituyó uno de los peores días de lesiones para las fuerzas del orden público en Estados Unidos desde los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001".¹⁰⁰ Elliot Ackerman, columnista del New York Times, escribió que el ataque al Capitolio le hizo recordar las guerras de Afganistán e Irak.¹⁰¹ Robert Grenier argumentó que las técnicas de contrainsurgencia que había empleado como director del Centro de Antiterrorismo de la CIA y como jefe de estación en Pakistán y Afganistán deberían aplicarse contra la extrema derecha en Estados Unidos.¹⁰² La insinuación era clara: como

sucedía anteriormente con el 11 de septiembre, el ataque al Capitolio ofrecía un nuevo motivo para justificar los presupuestos inflados del sistema de seguridad nacional y sus poderes excepcionales de vigilancia y penalización. En la presidencia de Biden, el Director de Inteligencia Nacional, la Agencia de Seguridad Nacional, el Departamento de Seguridad Nacional y el FBI llevan a cabo nuevas evaluaciones de la amenaza que implica el "extremismo violento interno" y están elaborando una respuesta integral.¹⁰³ El meollo de esa respuesta tiene que ver con la penalización, pero es posible que también incluya medidas que identifiquen la radicalización extremista mediante la vigilancia comunitaria, según el modelo de las políticas de Lucha contra el Extremismo Violento (CVE, por sus siglas en inglés) que surgieron en la guerra contra el terrorismo.

Este enfoque del problema de la extrema derecha es superficial y peligroso a la vez. Supone que la solución radica principalmente en la penalización de los extremistas de derecha involucrados en actos de violencia política. De hecho, no se necesitarían nuevas facultades legales para procesar a esas personas.¹⁰⁴ Pero existe el peligro de que el problema del masivo movimiento armado de extrema derecha en Estados Unidos se reformule como un problema de individuos extremistas que están al margen de la sociedad. Si se cree que esas personas están desconectadas de los procesos sociales y políticos imperantes que los generaron, lo que incluye a la propia guerra contra el terrorismo, entonces no se abordarán los factores subyacentes de la violencia de extrema derecha. De esta manera, y dado el grado de apoyo popular que tiene el movimiento, por cada persona arrestada se encontrará un recluta nuevo. El esfuerzo por penalizar los "delitos de odio" de la extrema derecha acabará siendo un espectáculo de progresismo, para tranquilizar a la élite progresista con la idea de que el Gobierno federal está combatiendo a la supremacía blanca, pero en realidad deja intactas sus estructuras. Además, una estrategia que se limita a la penalización coloca a la infraestructura

de seguridad nacional en el centro de la lucha contra la extrema derecha.

Es absoluta la falta de reconocimiento de que las agencias de seguridad nacional, que ahora se ofrecen como solución al problema de la extrema derecha, fueron, con sus guerras interminables, las responsables de exacerbar el problema.

A medida que surge una nueva infraestructura de leyes, políticas e iniciativas federales con los fondos necesarios para lidiar con la extrema derecha, esta comenzará a usar su poder para incidir en la discusión pública sobre la supremacía blanca. Las comunidades negras, indígenas y de otro tipo que han desarrollado sus propias estrategias para enfrentar a la extrema derecha verán cómo sus agendas quedan aplastadas por el peso del proceso político federal, aunque este sea conducido por personas de color. Se consagrarán definiciones nuevas que se adapten al sistema de seguridad nacional.

Expresiones como “terrorismo”, “extremismo” y “radicalización” pasarán a integrar el discurso mayoritario sobre la violencia racista, aunque interpreten el problema de tal manera que se borre la principal fuente de violencia racista: el propio Estado.

En una sociedad como la estadounidense, organizada en estructuras de capitalismo racial, el Estado no es un espacio neutro que defiende a la sociedad de diversos tipos de extremismo en sus flancos. Más

bien, el Estado genera las condiciones materiales dentro de las cuales florecen los movimientos de extrema derecha. Sus capacidades para la violencia fronteriza, carcelaria, policial y militar están organizadas y codificadas en términos raciales, lo que le da legitimidad oficial a la retórica racista de la extrema derecha. Además, estas capacidades solo se verán reforzadas por la nueva e incipiente agenda contra el terrorismo nacional. Si los presupuestos antiterroristas de agencias como el FBI se amplían y se les otorgan nuevos poderes, los utilizarán para reforzar la penalización de los grupos racialmente subordinados. Esto es lo que sucedió tras el atentado en la ciudad de Oklahoma en 1995, cometido por Timothy McVeigh, un veterano de la guerra del Golfo y participante del movimiento del poder blanco.¹⁰⁵ En respuesta al atentado, el presidente Clinton promulgó en 1996 la Ley sobre Antiterrorismo y Pena de Muerte Efectiva, que incluía la prohibición de brindar “apoyo material” al terrorismo, una disposición legal que posteriormente se convirtió en el principal instrumento para penalizar a los musulmanes y atacar a los partidarios de la causa palestina en Estados Unidos.¹⁰⁶ Hoy en día, cuando las agencias reclaman recursos para enfrentar el “terrorismo interno”, por lo general se entiende que es parte del esfuerzo para combatir a los grupos supremacistas blancos. Pero “terrorismo interno” es una expresión que también se empleará para atacar al movimiento Black Lives Matter, a los manifestantes contra los oleoductos y gasoductos y a los grupos que se organizan contra la extrema derecha, todos ellos objetivos recientes de los agentes antiterroristas del FBI.¹⁰⁷

El uso propuesto de medidas para erradicar el extremismo violento con el fin de identificar y prevenir la “radicalización” de extrema derecha es erróneo por las mismas razones. Este enfoque supone que las organizaciones comunitarias, los educadores y los profesionales de la salud mental son capaces de identificar a quienes muestren “los primeros indicios de radicalización” de ideología de extrema derecha, a quienes luego las agencias del

orden podrán vigilar o captar para modificar sus formas de pensar.¹⁰⁸ Pero esta estrategia presupone un modelo analítico en el que los indicadores ideológicos de radicalización podrían interpretarse como señales de un futuro comportamiento violento. No existe tal modelo, en parte porque la ideología de extrema derecha no puede distinguirse con precisión de las normas sociales imperantes. Las dos se confunden hasta tal punto que cualquier proyecto que pretenda identificar la “radicalización” de extrema derecha será concebido de manera tan limitada como para ser redundante, o elaborado con tal amplitud que las agencias del orden encargadas de la política tendrán que clasificarse a sí mismas como organizaciones extremistas que necesitan un proceso de desradicalización.

Como sucedió con la guerra contra el terrorismo, la nueva movilización contra la extrema derecha no logra enfrentar de lleno el problema que aparentemente busca resolver. Las causas fundamentales del movimiento de extrema derecha se encuentran en los procesos a largo plazo del capitalismo racial, desde la militarización de la frontera hasta la propia guerra contra el terrorismo. Así como el problema de la violencia política musulmana en Estados Unidos se ha exagerado mucho, el problema de la extrema derecha se ha minimizado. Incluso tras el ataque al Capitolio en enero de 2021, ningún organismo estatal ha reconocido la magnitud del problema del movimiento de extrema derecha, que probablemente tenga cientos de miles de participantes, y tampoco elaboró un plan convincente para resolverlo. No hay perspectivas de una estrategia de este tipo en el futuro cercano.

Para abordar adecuadamente el peligro que implica la extrema derecha será necesario reconocer las formas en que el movimiento no es un adversario del Estado de seguridad nacional, sino su complemento.

Como escribe Roxanne Dunbar-Ortiz, “las palabras, la retórica y el futuro deseado” de la extrema derecha estadounidense “difieren poco de quienes... poseen el control real de las instituciones federales y de muchos de los Gobiernos estatales. Los nacionalistas blancos son las fuerzas irregulares –las milicias voluntarias– del verdadero orden político-económico vigente. Están contemplados en la Segunda Enmienda”.¹⁰⁹

Un movimiento de masas armado y de extrema derecha presenta un dilema para un marco abolicionista. Por un lado, el abolicionismo reconoce los límites de las soluciones centradas en otorgar mayores poderes y recursos a las fuerzas del orden público. Por otra parte, no es fácil determinar la manera en que podría reducirse la violencia de extrema derecha excepto mediante la penalización. Pero el dilema puede superarse entendiendo a la extrema derecha como un complemento de la infraestructura de seguridad nacional. La extrema derecha aparece entonces no como un simple problema de delincuencia, sino como un movimiento cuya capacidad de violencia deriva indirectamente de estructuras de poder más amplias, como las fuerzas armadas y las fuerzas del orden público. El quid está en el desarme y el desmantelamiento, más que en la penalización. El apoyo implícito que la infraestructura de seguridad nacional le brinda a la extrema derecha deberá frenarse. El cese de las “guerras eternas” de Estados Unidos en el extranjero, por ejemplo, eliminaría un factor importante de crecimiento de la extrema derecha. Y, dado que el poder de la extrema derecha radica en gran medida en sus armas, también será esencial desarrollar un movimiento que retire las armas de guerra de la sociedad estadounidense. Solo este tipo de desmilitarización amplia de Estados Unidos y el inicio del proceso de desmantelamiento de las estructuras del capitalismo racial permitirán desarmar y desactivar la amenaza de la violencia de extrema derecha.

Nacionalismo catastrófico

Parecería que las crisis climática y pandémica son naturalmente inadecuadas para un concepto de seguridad definido en función de la eliminación de los “actores malos”. En cambio, parecen insinuar un principio de solidaridad humana y exigen respuestas que impliquen la acción colectiva para promover intereses humanos en común. Estos peligros son desafíos para la lógica de seguridad racial y los Estados neoliberales que durante decenios limitaron su capacidad de acción al servicio del interés público a la policía y la guerra. Por este motivo la cultura neoliberal tiene la tendencia de insistir en que estos peligros no existen, a pesar de la abrumadora evidencia científica. Pero junto al negacionismo directo, también existe un “nacionalismo catastrófico” que implica reconocer el colapso ambiental, pero luego emplearlo como un pretexto para trazar líneas de demarcación nacional o racial entre quienes serán protegidos y quienes serán abandonados.¹¹⁰ A la vez, esto ofrece una base para incorporar respuestas políticas a la COVID-19 y al calentamiento del planeta dentro del nexo de la seguridad nacional.

Desde hace un tiempo, el Pentágono ha incorporado la crisis climática en sus modelos habituales de evaluación de amenazas. Las principales preocupaciones son tres: que la suba del nivel del mar y los incendios forestales destruyan la infraestructura militar, que sea necesario buscar alternativas a los combustibles fósiles para abastecer al sector militar y que, a medida que evolucione el cambio climático, surjan amenazas nuevas para la seguridad, como los conflictos por los recursos y las migraciones masivas. Por lo menos desde 2003, el Departamento de Defensa está preparando una respuesta al cambio climático de tipo “bote salvavidas armado” que incluye el empleo de la violencia militar para salvar a determinados grupos privilegiados y dejar que otros se sacrifiquen ante las fuerzas de destrucción ambiental y desorden social.¹¹¹ Para 2014, el Departamento de Defensa aplicaba la integración de cuestiones relacionadas

con el cambio climático a todas sus operaciones, capacitación y planificación estratégica. Un estudio del Pentágono elaborado ese año describió una situación de “ascenso de los niveles del mar y eventos climáticos más extremos” que generará un futuro de “escasez de alimentos y agua, enfermedades pandémicas, disputas por refugiados y recursos, y destrucción a raíz de catástrofes naturales en regiones de todo el planeta”. En respuesta, el Pentágono afirma que “se podría recurrir con mayor frecuencia a la capacidad única” de las fuerzas armadas “para proporcionar asistencia logística, material y de seguridad a una escala masiva o de manera rápida”. Y el “desarraigo y el desplazamiento” de gran cantidad de personas contribuirán a allanar “el camino a las ideologías y condiciones extremistas que fomentan el terrorismo”.¹¹² El panorama es el de un planeta que corre el riesgo de hundirse en el caos y de las fuerzas armadas de Estados Unidos como una fuente necesaria de orden. Por supuesto, la solución que ofrece el Pentágono para estos problemas son más recursos militares, lo que en sí mismo agudiza el problema.

La Casa Blanca del Gobierno de Biden señaló que tomará medidas enérgicas para frenar el cambio climático, con la aplicación de lo que llama una “revolución de energía limpia”, por oposición al Nuevo Pacto Verde. También declaró que “centrará la crisis climática en cuestiones relacionadas con la política exterior y la seguridad nacional de Estados Unidos”. El Director de Inteligencia Nacional está preparando un informe sobre las consecuencias que tendrá el cambio climático en la seguridad, y al Pentágono se le encomendó un nuevo análisis que pueda incorporarse a “modelos, simulación, juegos de guerra y otros tipos de análisis”.¹¹³ John Kerry fue designado enviado presidencial especial para el clima y también se le incorporó al Consejo de Seguridad Nacional, lo que indica que la crisis climática es un asunto de seguridad nacional. Esto presagia un mundo en el que, a medida que se agraven las consecuencias del cambio climático, las fuerzas armadas de Estados Unidos actuarán con una soberanía mundial autoasignada en casos de

manifestaciones ante la policía, colapsos sociales y movimientos masivos de refugiados, siempre en nombre de la emergencia planetaria. En estas circunstancias, las fuerzas armadas de Estados Unidos, que son el mayor productor institucional de gases de efecto invernadero en el mundo, considerarán a los pobres del sur de Asia y de África, las principales víctimas del cambio climático, como amenazas que deben mantenerse alejadas del “bote salvavidas armado” que Estados Unidos pretende lanzar.¹¹⁴

La respuesta de Estados Unidos a la pandemia de COVID-19 también ha sido distorsionada con el fin de adaptarla a una lógica de seguridad racial. Un problema de salud pública mundial que exige una respuesta internacional con recursos suficientes a través de un organismo multilateral como la OMS, que actúa en interés de la salud de la humanidad en su conjunto, es considerado un problema de antagonismo entre los Estados-nación.

La teoría conspirativa que sostiene que el virus fue un acto de guerra de China se transformó en una fuerza política. La idea de un ataque biológico deliberado originado en un laboratorio de virus de Wuhan circula no solo entre la extrema derecha de Internet sino también en los titulares de Fox News.¹¹⁵ Algunos legisladores del Congreso sugieren que se sancione a los líderes chinos, se excluya a las empresas chinas de medicamentos de las cadenas de suministro y se retengan los pagos de deuda.¹¹⁶ De manera más general, se ha vinculado la imagen de la cultura china como excesivamente deferente hacia la autoridad y bárbara en sus gustos culinarios con el surgimiento de la COVID-19.

Por supuesto, es cierto que el virus se originó en

China y que las autoridades chinas al principio ocultaron al público la información sobre el virus. Pero para poder explicar el origen de la COVID-19 hay que tener en cuenta que “China se convirtió en la cuna de esta enfermedad solo porque las tendencias mundiales estaban presentes en forma concentrada”, según Andreas Malm.¹¹⁷ Los mercados de animales vivos que posiblemente fueran el vector del surgimiento de la COVID-19 no son una expresión tradicional china, sino que se transformaron en una experiencia de compras suntuosas para los nuevos ricos, cuya demanda de vida silvestre aumentó drásticamente con la neoliberalización de China. Aun más fundamental, la deforestación como causa de la propagación zoonótica que induce pandemias no se explica tanto en función de la cultura china sino de la demanda de productos cultivados en los trópicos de parte de consumidores ricos que residen en ciudades como Londres y Nueva York.¹¹⁸ Otros factores fueron el deterioro de la salud pública en China y la grave contaminación del aire en Wuhan, que no son consecuencia de un autoritarismo exclusivamente chino, sino de la integración china al capitalismo globalizado.¹¹⁹

La teoría de que China liberó a propósito la COVID-19 de un laboratorio y la idea de que el virus de alguna manera emana de la cultura china ofrece a Estados Unidos una falsa ilusión colectiva reconfortante en un momento en que el país se esfuerza por encontrar la manera culturalmente aceptable de hacer el duelo colectivo por la muerte de más de 500.000 estadounidenses. Las víctimas han sido predominantemente personas mayores y, por lo tanto, consideradas “improductivas”, y es más probable que sean negras, inmigrantes o pobres y trabajen en el sector de los cuidados.¹²⁰ Las enfermeras de ascendencia filipina, por ejemplo, comprenden el 4 % de la fuerza laboral pero constituyen más del 31 % de las muertes de enfermeras tituladas a raíz de la COVID-19.¹²¹ Sus muertes no se interpretan como un sacrificio nacional de la manera en que se recuerda a quienes murieron en los atentados del 11 de septiembre o en

las guerras estadounidenses. Trasladar el problema a China permite no tener que reflexionar mucho sobre las preguntas difíciles que la pandemia debería suscitar: por qué ocurrió la pandemia y por qué ciertos grupos fueron especialmente vulnerables a los estragos que generó. Toda respuesta sincera a estas interrogantes debería señalar, como lo hace Mike Davis, que “la globalización capitalista ahora parece ser biológicamente insostenible ante la ausencia de una infraestructura de salud pública verdaderamente internacional.”¹²² Pero eso es decir lo indecible. En cambio, las teorías antichinas se estructuran en torno a la no aceptación de este tipo de verdades incómodas. La creciente frecuencia de la violencia racista contra personas de origen asiático es un síntoma inevitable de ese rechazo.

Una vez que se desarrollaron las vacunas, el Gobierno de Estados Unidos podía atribuirse haber salvado a la ciudadanía del virus sin tener que abordar los factores subyacentes que generaron la pandemia, cuyas consecuencias agravaron las desigualdades. La gobernanza internacional de la distribución de las vacunas se organizó a través de Covax, una organización estrechamente vinculada al Foro Económico Mundial, con el fin de eludir deliberadamente la rendición de cuentas ante organismos multilaterales como la ONU y la OMS, permitir la imposición de condiciones a los países más pobres receptores de vacunas y defender los intereses comerciales de las empresas farmacéuticas.¹²³ A principios de 2021 era evidente el surgimiento de un apartheid mundial de vacunas, por el que solo un pequeño porcentaje de la población del Sur global se vacunaría, mientras que los países ricos compraban dosis suficientes para vacunar a sus poblaciones por triplicado.¹²⁴ Esto presagia un futuro en el que los países ricos buscan aislar a sus poblaciones vacunadas del resto del mundo mediante un régimen fronterizo de corredores de viaje y pasaportes de vacunas. En opinión de Salim Abdool Karim, presidente de la comisión que asesora al Gobierno sudafricano sobre la COVID-19, a la larga, esto será contraproducente. “Básicamente, algunos países creen erróneamente

que pueden vacunar a sus poblaciones y que estarán a salvo. Eso sencillamente no es verdad. En este mundo en el que vivimos, con este coronavirus, nadie está a salvo hasta que todos estén a salvo”, advirtió.¹²⁵

Aprovechar el momento

Las viejas certezas quedaron a la deriva como resultado de la presidencia de Trump y de la COVID-19. Aún no ha surgido un nuevo imaginario de seguridad nacional, por lo que hay oportunidad para que otras alternativas se generalicen. Dadas las fuerzas contrarias al cambio, no es fácil encontrar optimismo. **Pero la lógica de seguridad dominante exhibe grietas que podrían aprovecharse.** La opinión pública estadounidense está descreída de las guerras eternas. Cerca de dos tercios de la población cree que la guerra de Irak de 2003 fue un error y más de la mitad piensa que Estados Unidos no debería haber enviado fuerzas militares a Afganistán o Siria. Los veteranos de guerra se oponen a estos conflictos bélicos en la misma proporción que otras personas.¹²⁶ Tanto en las elecciones presidenciales de 2008 como en las de 2016, el candidato ganador propuso replegar las tropas estadounidenses (aunque luego los presidentes Obama y Trump aumentaron el despliegue militar). No solo existe oposición a que Washington libere guerras específicas, también se apoya la reducción de fondos destinados a la infraestructura de seguridad nacional en general: una clara mayoría en Estados Unidos está a favor de un recorte del 10 % del presupuesto de defensa y de reasignar esos recursos al control de enfermedades y otros servicios públicos.¹²⁷ Aunque contaba con apoyo popular, el proyecto de ley que pretendía instaurar esa reducción de fondos sufrió una derrota fácil en el Congreso.¹²⁸

La opinión mayoritaria a favor de quitarle fondos al sector militar carece del impulso y la energía que proviene del poder organizativo de base, la única fuerza capaz de superar los intereses creados y las barreras ideológicas que obstaculizan el camino

para poder asumir la violencia estadounidense. Hace 50 años, cuando el poder de organización de los movimientos progresistas de Estados Unidos alcanzó su máxima expresión, a la sombra de la guerra de Vietnam, el Congreso adoptó medidas para reducir el poder de la infraestructura de seguridad nacional. El 93° Congreso, que sesionó de 1973 a 1975, fue, según Greg Gandrin, quizás el “cuerpo legislativo más antiimperial en la historia de Estados Unidos”. En este período, el Congreso se otorgó la facultad para revisar y cancelar decisiones que tomara la Casa Blanca para librar guerras; hizo que las agencias de inteligencia tuvieran que rendir más cuentas que antes; eliminó dos entidades de seguridad nacional, el Comité de Actividades Antiestadounidenses y la Oficina de Seguridad Pública; y prohibió el apoyo militar estadounidense a organizaciones y Gobiernos autoritarios en Angola, Chile, Indonesia, Corea del Sur y Turquía.¹²⁹



Ahora, una generación de jóvenes ha tomado las calles una vez más. Los reclamos abolicionistas, como el pedido para eliminar el Servicio de Inmigración y Control de Aduanas y quitarle fondos a las fuerzas policiales, son fundamentales para estos movimientos. Las organizaciones de base de las comunidades musulmanas y palestinas reclaman la abolición de la guerra contra el terrorismo y la reinversión de sus recursos en las estructuras de atención comunitaria.¹³⁰

La presión de activistas de San Francisco, Oakland y Portland logró, al menos por un tiempo, que las fuerzas del orden público locales se retiren de la Fuerza de Tarea Conjunta contra el Terrorismo del FBI y dejen de compartir información con

esa entidad, lo que implica un paso hacia el desmantelamiento ulterior.¹³¹ Al mismo tiempo, se habilitó un ala izquierda en el Partido Demócrata que brinda espacio para articular demandas implícitamente abolicionistas. Por ejemplo, la representante Alexandria Ocasio-Cortez exigió la disolución del Departamento de Seguridad Nacional.¹³² Aumenta la presión de la izquierda en el Congreso para que Estados Unidos cese por completo su apoyo a la guerra de Arabia Saudita contra Yemen, que provocó cerca de 250.000 muertes directas y sumió a alrededor de 13,5 millones de yemeníes en una emergencia alimentaria.¹³³ No hay perspectivas inmediatas de que estos hechos generen una transformación en profundidad de la formulación de políticas de seguridad nacional. Pero constituyen los pilares de un posible proceso de cambio futuro por el que Estados Unidos comience a alejarse de las fantasías de dominación que sustentan actualmente la formulación de políticas de seguridad nacional. Ya no es creíble pensar que no existen alternativas posibles a la lógica de seguridad actual.

Serán necesarios tres tipos generales de intervención para que se concrete una estrategia alternativa. **Primero, habrá que redoblar los esfuerzos de organización de base, según la perspectiva abolicionista aplicada a la infraestructura global de violencia de Estados Unidos.** Las decisiones sobre cuál es la mejor manera de

organizarse y qué problemas específicos habrá que enfrentar quedarán libradas a cada iniciativa y grupo de campaña. Para un grupo, el foco podrían ser las políticas de sanciones de Estados Unidos; para otro, la guerra contra las drogas en América Latina o el desarme nuclear, por ejemplo. Aunque tengan causas diferentes, las diversas campañas estarán orientadas hacia el mismo horizonte de abolicionismo de la seguridad nacional.

En segundo lugar, será necesario presionar para lograr todo lo que sea posible por la vía electoral y la promoción de políticas.

Algunas primeras medidas podrían ser las demandas para reducir el número de bases militares que Estados Unidos mantiene en el planeta, cancelar nuevos sistemas de armas y disolver el Mando África de Estados Unidos. Una agenda más completa abarcaría el desmantelamiento de la infraestructura de la guerra contra el terrorismo y la guerra contra las drogas: la legalización del consumo de drogas, el cese del apoyo financiero y logístico de Estados Unidos a la violencia militarizada que llevan a cabo otros Gobiernos en nombre de la lucha contra el terrorismo y el narcotráfico, la derogación de normas antiterroristas y la clausura de la prisión en la bahía de Guantánamo. Añádase a esto la suspensión de las exportaciones de armas de Estados Unidos y otras formas de asistencia y financiación en materia de seguridad a Gobiernos que cometen graves abusos de derechos humanos, como Israel y Arabia Saudita.

Quitarle recursos a las fuerzas armadas de Estados Unidos no solo limitaría uno de los generadores de conflictos bélicos y reduciría las emisiones de carbono, sino que también liberaría recursos públicos y espacio político para abordar las causas estructurales de los problemas que el sector militar afirma que solo se resuelven por la vía militar.

Las alternativas que podrían aplicarse en materia de seguridad variarían según el contexto. En el ámbito de la política exterior, sería necesario un compromiso de dedicación al mantenimiento de la paz y el desarrollo mediante programas de resolución de conflictos, reducción de la deuda y reparaciones que empoderen a las comunidades locales, en lugar de condicionar la ayuda financiera a la aceptación de las iniciativas de Washington de combate al terrorismo y el narcotráfico y de control migratorio. Estados Unidos también debería reanudar su compromiso con los sistemas internacionales de seguridad colectiva acordados tras la Segunda Guerra Mundial con la creación de la ONU. El propio Estados Unidos redactó los instrumentos de derecho internacional que limitan el uso de la fuerza a través de las fronteras a la autodefensa como respuesta a un ataque armado inminente o en curso. Con el apoyo de Estados Unidos, este principio se incorporó a la Carta de las Naciones Unidas, que se firmó en San Francisco en 1945. Más allá de las debilidades institucionales de la ONU, sus principios fundamentales siguen siendo una base válida para un sistema internacional de seguridad colectiva en un mundo donde hay Estados con metas expansionistas.¹³⁴ A nivel local, el repliegue del poder militar estadounidense o financiado por Washington permitiría el desarrollo de instituciones alternativas de seguridad pública. Estas podrían inspirarse en experiencias de seguridad comunitaria que surgieron en lugares donde el Estado no ha logrado proteger a sus ciudadanos. Por ejemplo, Raúl Zibechi escribió sobre cómo en Colombia, a la sombra de la guerra contra las drogas, los pueblos indígenas del departamento del Cauca lograron protegerse a sí mismos y sus tierras de los paramilitares, los guerrilleros y las empresas multinacionales mediante la formación de unidades de guardias desarmados. A diferencia de las fuerzas policiales, estas comprenden a todos los miembros de la comunidad, que rotan en la función de guardias, son responsables ante las asambleas locales y tienen como objetivo la justicia restaurativa.¹³⁵

En tercer lugar, será necesario luchar para eliminar las barreras ideológicas que impiden reconocer la historia de violencia racial de Estados Unidos y asumir que el poder de Washington está en decadencia. Reconocer y conmemorar las injusticias del pasado, desde el colonialismo de colonos hasta la guerra contra el terrorismo, será una parte crucial de este proceso. Una forma de lograr ese reconocimiento será mediante la eliminación de los símbolos que celebran la violencia racista del pasado, como pretendieron hacer algunos manifestantes en los últimos años. Otra manera es por la vía de la justicia restaurativa. En 2016, por ejemplo, 4.000 veteranos de guerra llegaron a la reserva de Standing Rock, en Dakota del Norte, donde comunidades indígenas combatían la instalación propuesta del oleoducto Dakota Access. Los veteranos se reunieron con un grupo de líderes sioux para pedir perdón por la violencia colonial de sus unidades militares y ofrecer su solidaridad política en la lucha contra el oleoducto.¹³⁶ A nivel nacional, una medida progresista sería la construcción de un monumento histórico en honor a las vidas perdidas por la violencia militar estadounidense, desde Wounded Knee hasta Waziristán.

En dos ocasiones, la historia de Estados Unidos ofreció una gran oportunidad para superar el racismo, priorizar el cuidado y no el asesinato y aceptar la reciprocidad que constituye a la humanidad: la primera fue en la época de la reconstrucción tras la abolición de la esclavitud y la segunda fue en el apogeo de los movimientos por la libertad de la población negra y contra la guerra de finales de la década de 1960. A medida que una tercera oportunidad de este tipo comienza a surgir como una posibilidad en Estados Unidos, con las crisis climáticas y pandémicas en la vuelta, debemos aprovechar este momento para cumplir la promesa de esos momentos anteriores, una vez más.

Endnotes

1. Larry Buchanan, Quoc Trung Bui y Jugal K. Patel, "Black Lives Matter may be the largest movement in US history," *New York Times* (3 de julio de 2020), descargado el 18 de marzo de 2021, de <<https://www.nytimes.com/interactive/2020/07/03/us/george-floyd-protests-crowd-size.html>>.
2. Nota del traductor: término que se origina con el activismo negro de Estados Unidos y que significa tener conciencia de la discriminación y las injusticias raciales y sociales.
3. Barbara Ransby, *Making All Black Lives Matter: Reimagining freedom in the 21st century* (Oakland, CA: California University Press, 2018).
4. Amna A. Akbar, "How defund and disband became the demands," *New York Review of Books* (15 de junio de 2020), descargado el 16 de junio de 2020, de <<https://www.nybooks.com/daily/2020/06/15/how-defund-and-disband-became-the-demands/>>.
5. Angela Y. Davis, *Democracia de la abolición: Prisiones, racismo y violencia* (Nueva York, NY: Editorial Trotta, 2016).
6. "Our vision," *Dissenters*, descargado el 18 de marzo de 2021, de <<https://wearedissenters.org/our-vision/>>.
7. Davis, *Democracia de la abolición*, op. cit.
8. *Ibíd.*
9. Angela Y. Davis, *Are Prisons Obsolete?* (Nueva York, NY: Seven Stories Press, 2003), págs. 15–21, 91, 107–110.
10. The Breathe Act Section-by-Section Bill Summary (Movement for Black Lives' Electoral Justice Project, 2020).
11. James Forman, *The Making of Black Revolutionaries* (Seattle, WA: University of Washington Press, 1997).
12. H. Rap Brown, *Die Nigger Die!* (Nueva York, NY: Dial Press, 1969), págs. 135–6.
13. Los argumentos abolicionistas coinciden con los conceptos de seguridad humana. Véase, por ejemplo: *Rethinking Security: A discussion paper* (Ammerdown Group, mayo de 2016).
14. William Hartung, "The trillion-dollar national security budget," *TomDispatch* (25 de julio de 2017), descargado el 7 de febrero de 2021, de <<https://tomdispatch.com/william-hartung-the-trillion-dollar-national-security-budget/>>; *The Inequality Virus: Bringing together a world torn apart by coronavirus through a fair, just and sustainable economy: methodology note* (Oxfam, enero de 2021), pág. 17.
15. Nick Turse, "Will the Biden administration shine light on shadowy special ops programs?," *Intercept* (20 de marzo de 2021), descargado el 23 de marzo de 2021, de <<https://theintercept.com/2021/03/20/joe-biden-special-operations-forces/>>.
16. Hans M. Kristensen y Matt Korda, "United States nuclear forces, 2020," *Bulletin of the Atomic Scientists* (Vol. 76, No. 1, 2020), pág. 46; Elisabeth Eaves, "Why is America getting a new \$100 billion nuclear weapon?," *Bulletin of the Atomic Scientists* (8 de febrero de 2021), descargado el 20 de febrero de 2021, de <https://thebulletin.org/2021/02/why-is-america-getting-a-new-100-billion-nuclear-weapon>.
17. Neta C. Crawford, *Pentagon Fuel Use, Climate Change, and the Costs of War – Updated and Revised* (Brown University, Watson Institute for International and Public Affairs, Costs of War Project, 13 de noviembre de 2019), pág. 1.
18. Pieter D. Wezeman, Alexandra Kuimova y Siemon T. Wezeman, *Trends in International Arms Transfers, 2020* (Stockholm International Peace Research Institute, marzo de 2021), pág. 2.
19. Michael Rogin, "Make My Day!": spectacle as amnesia in imperial politics," *Representations* (No. 29, Winter, 1990), pág. 109.
20. Susan Faludi, *The Terror Dream: Myth and misogyny in an insecure America* (Nueva York: Picador, 2008).
21. Franco Fornari, *The Psychoanalysis of War* (Bloomington, IN: Indiana University Press, 1975), pág. xvii.
22. Davis, *Abolition Democracy*, op. cit., pág. 121.
23. Martin Luther King, Jr., "Beyond Vietnam," (14 de abril de 1967), descargado el 11 de febrero de 2021, de <<https://kinginstitute.stanford.edu/king-papers/documents/beyond-vietnam>>.
24. Robert Vitalis, *White World Order, Black Power Politics* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 2015), pág. 1.
25. Avery F. Gordon, "Abu Ghraib: imprisonment and the war on terror," *Race & Class* (Vol. 48, no. 1, 2006), pág. 53.
26. Alfred W. McCoy, *Policing America's empire: the United States, the Philippines, and the rise of the surveillance state* (Madison, WI: University of Wisconsin Press, 2009), pág. 294.
27. Davis, *Abolition Democracy*, op. cit., pág. 114.
28. William Pietz, "The 'post-colonialism' of Cold War discourse," *Social Text* (No. 19/20, Autumn 1988), pág. 58.
29. Arun Kundnani, *The Muslims are Coming! Islamophobia, extremism, and the domestic War on Terror* (Nueva York, NY: Verso, 2014).
30. Nikhil Pal Singh, *Race and America's Long War* (Oakland, CA: University of California Press, 2017).

31. Molly Molloy, 'Homicide in Mexico 2007–March 2018: continuing epidemic of militarized hyper-violence', *Small Wars Journal* (27 de abril de 2018).
32. Arun Kundnani, "The racial constitution of neoliberalism," *Race & Class* (próxima publicación en 2021); Wendy Brown, *In the Ruins of Neoliberalism: the rise of antidemocratic politics in the West* (Nueva York, NY: Columbia University Press, 2019).
33. Cita en Adam Tooze, *Crashed: How a decade of financial crises changed the world* (Nueva York, NY: Viking, 2018), pág. 574.
34. Ruth Wilson Gilmore, *Golden Gulag: Prisons, surplus, crisis, and opposition in globalizing California* (Berkeley, CA: University of California Press, 2007).
35. Patrick Porter, "Why America's grand strategy has not changed: power, habit, and the US foreign policy establishment," *International Security* (Vol. 42, no. 4, Spring 2018).
36. Esta sección se basa en el análisis desarrollado para un contexto nacional diferente en: Paul Gilroy, *After Empire: Melancholia or convivial culture?* (Abingdon: Routledge, 2004).
37. Frantz Fanon, *Black Skin, White Masks* (Londres: Pluto Books, 1986), pág. 190.
38. Ilhan Omar, "We must apply our universal values to all nations. Only then will we achieve peace," *Washington Post* (March 17, 2019), descargado el 1 de abril de 2021, de <https://www.washingtonpost.com/opinions/ilhan-omar-we-must-apply-our-universal-values-to-all-nations-only-then-will-we-achieve-peace/2019/03/17/0e2d66fc-4757-11e9-aaf8-4512a6fe3439_story.html>.
39. Niraj Chokshi y Matthew Haag, "Why Ilhan Omar and Elliott Abrams tangled over US foreign policy," *New York Times* (14 de febrero de 2019), descargado el 15 de marzo de 2021, de <<https://www.nytimes.com/2019/02/14/us/politics/ilhan-omar-elliott-abrams.html>>; Ali Breland, "Trump's latest Ilhan Omar smear shows how unfounded right-wing claims go mainstream," *Mother Jones* (19 de julio de 2019), descargado el 15 de marzo de 2021, de <<https://www.motherjones.com/politics/2019/07/ilhan-omar-brother-marriage-smear/>>; Eli Rosenberg, "A 'pure racist act': NY Post slammed for using 9/11 to attack Rep. Omar over speech on Islamophobia," *Washington Post* (11 de abril de 2019), descargado el 15 de marzo de 2019, de <<https://www.washingtonpost.com/politics/2019/04/11/pure-racist-act-ny-post-slammed-using-attack-rep-omar-over-speech-islamophobia/>>.
40. Alisha Haridasani Gupta, "Fulfilling a promise: a cabinet that 'looks like America,'" *New York Times* (21 de enero de 2021), descargado el 15 de marzo de 2021, de <<https://www.nytimes.com/2021/01/21/us/biden-cabinet-diversity-gender-race.html>>.
41. Gerardo Ceballos, Paul R. Ehrlich y Rodolfo Dirzo, "Biological annihilation via the ongoing sixth mass extinction signaled by vertebrate population losses and declines," *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America* (25 de julio de 2017, Vol. 114, no. 30).
42. National Research Council, *Ocean Acidification: A National Strategy to Meet the Challenges of a Changing Ocean* (Washington, DC: The National Academies Press, 2010), págs. 1, 62.
43. Anthony D Barnosky, James H Brown, Gretchen C Daily, Rodolfo Dirzo, Anne H Ehrlich, Paul R Ehrlich, Jussi T Eronen, Mikael Fortelius, Elizabeth A Hadly, Estella B Leopold, Harold A Mooney, John Peterson Myers, Rosamond L Naylor, Stephen Palumbi, Nils Chr Stenseth y Marvalee H Wake, "Introducing the Scientific Consensus on Maintaining Humanity's Life Support Systems in the 21st Century: Information for Policy Makers," *The Anthropocene Review* (Vol. 1, no. 1, 2014), pág. 79.
44. Kirstin Dow y Thomas E. Downing, *The Atlas of Climate Change: mapping the world's greatest challenge* (Berkeley, CA: University of California Press, 2007), págs. 22–26, 63–64.
45. Steven C. Sherwood y Matthew Huber, "An adaptability limit to climate change due to heat stress," *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America* (25 de mayo de 2010, Vol. 107, no. 21), págs. 9552, 9554.
46. Andy Haines y Kristie Ebi, "The imperative for climate action to protect health", *New England Journal of Medicine* (Vol. 380, no. 3, 17 de enero de 2019), pág. 266.
47. Andreas Malm y Alf Hornborg, "The geology of mankind? A critique of the Anthropocene narrative," *The Anthropocene Review* (Vol. 1, no. 1, 2014), pág. 64.
48. Benjamin Goldstein, Dimitrios Gounaridis y Joshua P. Newell, "The carbon footprint of household energy use in the United States," *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America* (11 de agosto de 2020, Vol. 117, no. 32), pág. 19122.
49. Dow y Downing, op. cit., pág. 58.
50. Plataforma Intergubernamental Científico-Normativa sobre Diversidad Biológica y Servicios de los Ecosistemas, *Workshop Report on Biodiversity and Pandemics* (Alemania: Bonn, 2020), descargado el 7 de febrero de 2021, de <<https://ipbes.net/pandemics>>, pág. 2.
51. WHO Coronavirus Disease (COVID-19) Dashboard (Organización Mundial de la Salud, 2021), descargado el 17 de mayo de 2021, de <<https://covid19.who.int>>
52. WHO Coronavirus Disease (COVID-19) Dashboard – United States of America (Organización Mundial de la Salud, 2021), descargado el 17 de mayo de 2021, de <<https://covid19.who.int/region/amro/country/us>>.
53. Brown, op. cit.

54. Alex Emmons y Nick Turse, "Biden's war policy offers chance for change — or more of the same," *Intercept* (7 de marzo de 2021), descargado el 12 de marzo de 2021, de <<https://theintercept.com/2021/03/07/biden-drone-strikes-syria/>>.
55. "A letter on the continuation of the national emergency with respect to Venezuela," Casa Blanca (3 de marzo de 2021), descargado el 12 de marzo de 2021, de <<https://www.whitehouse.gov/briefing-room/statements-releases/2021/03/03/a-letter-on-the-continuation-of-the-national-emergency-with-respect-to-venezuela/>>.
56. Todd Miller y Nick Buxton, *La frontera de Biden: La política de inmigración, los demócratas y las elecciones de 2020* (Transnational Institute, Mijente y American Friends Service Committee, febrero de 2021).
57. Institute for Economics and Peace, *Global Terrorism Index 2015: Measuring the Impact of Terrorism* (Sídney, noviembre de 2020), pág. 14. Este informe se basa en definiciones y datos de la Base de Datos del Terrorismo Global que mantiene el Consorcio Nacional para el Estudio del Terrorismo y las Respuestas al Terrorismo, de la Universidad de Maryland. Su definición de terrorismo excluye la mayoría de las formas de violencia política que llevan a cabo los estados y, por lo tanto, no incluye a la gran mayoría de incidentes violentos ocurrido en la guerra contra el terrorismo.
58. La estimación más conservadora documenta cerca de medio millón de personas muertas en Irak, Afganistán y Pakistán entre octubre de 2001 y fines de 2018. Se cree que aproximadamente la mitad de los muertos eran civiles. Como todos los cálculos de mortandad civil en los países subdesarrollados, es probable que las muertes contadas sean considerablemente inferiores al número real y no incluyan a las víctimas de la destrucción de infraestructura que la gente necesita para sus alimentos, agua, electricidad y salud. Es probable que las muertes a causa de la desnutrición inducida por la guerra y los daños ambientales superen con creces las muertes que provocan los combates. Neta C. Crawford, *Human Cost of the Post-9/11 Wars: Lethality and the Need for Transparency* (Costs of War Project, Watson Institute of International and Public Affairs, Brown University, noviembre de 2018).
59. Kundnani, op. cit.
60. *Ibíd.*
61. Jeanne Theoharis, "Guantánamo in New York City," *Nation* (5 de septiembre de 2013), descargado el 23 de marzo de 2021, de <<https://www.thenation.com/article/archive/guantanamo-new-york-city/>>.
62. Stephanie Savell, *United States Counterterrorism Operations 2018–2020* (Costs of War Project, Watson Institute of International and Public Affairs, Brown University, 2021), pág. 1.
63. Deepa Kumar, *Islamophobia and the Politics of Empire* (Chicago, IL: Haymarket, 2012).
64. David Brophy, "Good and Bad Muslims in Xinjiang," *Made In China* (Vol. 4, no. 2, abril–junio de 2019).
65. *Rebuilding America's Defenses: Strategy, forces and resources for a new century* (Washington, DC: Project for the New American Century, septiembre de 2000), pág. 2; Samuel P. Huntington, "The clash of civilizations?" *Foreign Affairs* (Vol. 72, no. 3, Summer 1993).
66. Joshua R. Itzkowitz Shiffrin, "Neo-primacy and the pitfalls of US strategy toward China," *The Washington Quarterly* (Vol. 43, no. 4, 2020), pág. 83.
67. Kurt M. Campbell y Ely Ratner, "The China reckoning: how Beijing defied American expectations," *Foreign Affairs* (Vol. 97, no. 2, marzo/abril de 2018).
68. *National Security Strategy of the United States of America* (Washington, DC: Casa Blanca, diciembre de 2017), pág. 27.
69. Josh Zumbrun y Anthony DeBarros, "Trade war takes a muted toll on US economy," *Wall Street Journal* (13 de enero de, 2020), pág. A1.
70. John Feffer, "The widening rift between the US and China," *Nation* (8 de abril de 2019), descargado el 22 de febrero de 2021, de <<https://www.thenation.com/article/archive/china-us-xi-jinping-congagement/>>.
71. *Beat China: Targeted decoupling and the economic long war* (Oficina del senador Tom Cotton, febrero de 2021), pág. 5.
72. Wajahat Ali, Eli Clifton, Matthew Duss, Lee Fang, Scott Keyes y Faiz Shakir, *Fear, Inc.: The Roots of the Islamophobia Network in America* (Washington, DC: Center for American Progress, agosto de 2011), págs. 27–36.
73. "Members," *Committee on the Present Danger: China*, descargado el 23 de febrero de 2021, de <<https://presentdangerchina.org/members-2/>>. Esta es la cuarta versión del Comité sobre el Peligro Presente; los dos primeros abogaron por la acumulación de armas en la Guerra Fría durante las décadas de 1950 y 1970, y el tercero fue un centro neoconservador durante la guerra contra el terrorismo.
74. *The Longer Telegram: Toward a new American China strategy* (Washington, DC: Atlantic Council, 2021), págs. 6–9.
75. "Joe Biden's China policy will be a mix of Trump's and Obama's," *Economist* (21 de noviembre de 2020), descargado el 22 de febrero de 2021, de <<https://www.economist.com/china/2020/11/19/joe-bidens-china-policy-will-be-a-mix-of-trumps-and-obamas>>.
76. Demetri Sevastopulo, "This is a guy who is a thug': how US elite became hawks on Xi's China," *Financial Times* (8 de octubre de 2020); Jeet Heer, "On China, Biden falls into Trump's xenophobia trap," *Nation*

- (20 de abril de 2020), descargado el 22 de febrero de 2021, de <<https://www.thenation.com/article/politics/china-biden-trump-xenophobia>>.
77. "Most G.O.P. senators vote against holding impeachment trial for Trump", New York Times (26 de enero de 2021), descargado el 22 de febrero de 2021, de <<https://www.nytimes.com/live/2021/01/26/us/biden-trump-impeachment>>.
 78. Jeff Stein y Jeanne Whalen, "President Biden's second big bill may be China package pushed by top Senate Democrat," Washington Post (10 de marzo de 2021), descargado el 11 de marzo de 2021, de <<https://www.washingtonpost.com/us-policy/2021/03/10/president-bidens-second-big-bill-may-be-china-package-pushed-by-top-senate-democrat/>>.
 79. Demetri Sevastopulo, "This is a guy who is a thug: how US elite became hawks on Xi's China," Financial Times (8 de octubre de 2020); Elizabeth Redden, "Groups call on Biden to end DOJ 'China initiative,'" Inside Higher Education (6 de enero de 2021), descargado el 18 de marzo de 2021, de <<https://www.insidehighered.com/quicktakes/2021/01/06/groups-call-biden-end-doj-china-initiative>>.
 80. Tom Bowman, "Pentagon pushes for bigger effort to deter China's growing military might," NPR (16 de marzo de 2021), descargado el 17 de marzo de 2021, de <<https://www.npr.org/2021/03/16/977987292/pentagon-pushes-for-bigger-effort-to-deter-chinas-growing-military-might>>.
 81. Eva Dou, Jeanne Whalen y Alicia Chen, "U.S. ban on China's Xinjiang cotton fractures fashion industry supply chains," Washington Post (22 de febrero de 2021), descargado el 24 de febrero de 2021, de <https://www.washingtonpost.com/world/asia_pacific/china-cotton-sanctions-xinjiang-ughurs/2021/02/21/a8a4b128-70ee-11eb-93bec10813e358a2_story.html>.
 82. Tobita Chow y Jake Werner, *The US-China Trade War: A progressive internationalist alternative* (Nueva York, NY: Rosa Luxemburg Stiftung, 2020), pág. 1.
 83. Sintia Radu, "China surpasses the US in wealth of top 10%," US News and World Report (24 de diciembre de 2019), descargado el 28 de febrero de 2021, de <<https://www.usnews.com/news/best-countries/articles/2019-12-24/china-surpasses-the-us-in-wealth-of-top-10>>.
 84. John Feffer, "America's destructive denialisms," Foreign Policy in Focus (16 de diciembre de 2020), descargado el 25 de febrero de 2021, de <<https://ips-dc.org/americas-destructive-denialisms>>.
 85. *Averting A New Cold War: Countering Sinophobia With New Progressive Narratives* (Chicago, IL: Justice Is Global, 2020).
 86. Jennifer Steinhauer, "Veterans fortify the ranks of militias aligned with Trump's views," New York Times (11 de septiembre de 2020), descargado el 5 de marzo de 2021, de <<https://www.nytimes.com/2020/09/11/us/politics/veterans-trump-protests-militias.html>>.
 87. Mike Giglio, "A pro-Trump militant group has recruited thousands of police, soldiers, and veterans," Atlantic (noviembre de 2020).
 88. Cynthia Miller-Idriss, "A White House task force on white supremacy," Politico (20 de enero de 2021), descargado el 4 de marzo de 2021, de <<https://www.politico.com/news/magazine/2021/01/20/president-biden-administration-unity-healing-policies-experts-ideas-inauguration-roundup-460470>>.
 89. "74% of voters say democracy in the US is under threat," (Quinnipiac University, 11 de enero de 2021), descargado el 4 de marzo de 2021, de <<https://poll.qu.edu/national/release-detail?ReleaseID=3686>>.
 90. Jason Perez, "Snatching victory: weak American democracy lends strength to Trump's insurgent right," Spectre (January 25, 2021), descargado el 5 de marzo de 2021, de <<https://spectrejournal.com/snatching-victory/>>.
 91. Karen Yourish, Larry Buchanan y Denise Lu, "The 147 Republicans Who Voted to Overturn Election Results," New York Times (7 de enero de 2021), descargado el 5 de marzo de 2021, de <<https://www.nytimes.com/interactive/2021/01/07/us/elections/electoral-college-biden-objectors.html>>.
 92. Eli Rosenberg, "After massive fire at famous civil rights center, officials found a 'white power' symbol nearby," Washington Post (2 de abril de 2019), descargado el 5 de marzo de 2021, de <<https://www.washingtonpost.com/nation/2019/04/03/highlander-center-civil-rights-fire-white-power-symbol>>.
 93. Nomia Iqbal, "Are we in the US or are we overseas on duty?" BBC News (9 de febrero de 2021), descargado el 11 de febrero de 2021, de <<https://www.bbc.com/news/live/world-us-canada-55996898/page/2>>.
 94. Kathleen Belew, *Bring the War Home: The white power movement and paramilitary America* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2018).
 95. Greg Grandin, *The End of the Myth: From the frontier to the border wall in the mind of America* (Nueva York, NY: Metropolitan Books, 2019).
 96. *Rightwing Extremism: Current economic and political climate fueling resurgence in radicalization and recruitment* (Departamento de Seguridad Nacional, Oficina de Inteligencia y Análisis, 7 de abril de 2009).
 97. Belew, op. cit., pág. 236.
 98. Zack Budryk, "FBI Agents Association calls on Congress to make 'domestic terrorism' a federal crime," The Hill (6 de agosto de 2019), descargado el 5 de marzo de 2021, de <<https://thehill.com/policy/national-security/domestic-terrorism/456356-fbi-agents-association-calls-on-congress-to-make>>.
 99. Paul Edward Parker, "RI's Reed knew it was serious

- when guards came for Pence,” Providence Journal (7 de enero de 2021), descargado el 4 de marzo de 2021, de <<https://www.providencejournal.com/story/news/politics/2021/01/07/sen-reed-knew-serious-when-guards-took-vice-president-capitol/6582989002/>>.
100. Michael S. Schmidt y Luke Broadwater, “Officers’ injuries, including concussions, show scope of violence at Capitol Riot,” New York Times (11 de febrero de 2021), descargado el 4 de marzo de 2021, de <<https://www.nytimes.com/2021/02/11/us/politics/capitol-riot-police-officer-injuries.html>>.
 101. Elliot Ackerman, “Why the Capitol Riot reminded me of war,” New York Times (13 de enero de 2021), descargado el 4 de marzo de 2021, de <<https://www.nytimes.com/2021/01/13/opinion/capitol-attack-war.html>>.
 102. Robert Grenier, “How to defeat America’s homegrown insurgency,” New York Times (27 de enero de 2021), descargado el 5 de marzo de 2021, de <<https://www.nytimes.com/2021/01/27/opinion/how-to-defeat-americas-homegrown-insurgency.html>>.
 103. Steve Israel, “Joe Biden takes action to address new threat of domestic terrorism,” The Hill (27 de enero de 2021), descargado el 5 de marzo de 2021, de <<https://thehill.com/opinion/national-security/536053-joe-biden-takes-action-to-address-new-threat-of-domestic-terrorism>>.
 104. Michael German, “Why new laws aren’t needed to take domestic terrorism more seriously,” Just Security (14 de diciembre de 2018), descargado el 5 de marzo de 2021, de <<https://www.justsecurity.org/61876/laws-needed-domestic-terrorism/>>.
 105. Belew, op. cit., pág. 236.
 106. Illusion of Justice: Human rights abuses in US terrorism prosecutions (Human Rights Watch / Columbia Law School, 2014).
 107. German, op. cit.
 108. Cynthia Miller-Idriss y Daniel Koehler, “A plan to beat back the far Right,” Foreign Affairs (3 de febrero de 2021), descargado el 4 de marzo de 2021, de <<https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2021-02-03/plan-beat-back-far-right>>.
 109. Roxanne Dunbar-Ortiz, Loaded: a disarming history of the second amendment (San Francisco, CA: City Lights, 2018), pág. 172.
 110. Richard Seymour, “Prepared for the worst: disaster nationalism,” Salvage (11 de septiembre de 2020), descargado el 7 de febrero de 2021, de <<https://salvage.zone/articles/prepared-for-the-worst-disaster-nationalism/>>.
 111. Lorah Steichen y Lindsay Koshgarian, No Warming, No War: How militarism fuels the climate crisis — and vice versa (National Priorities Project at the Institute for Policy Studies, 2020), págs. 3, 11–12.
 112. Climate Change Adaptation Roadmap (Alexandria, VA: Departamento de Defensa, junio de 2014), págs. i, 2, 4.
 113. “Executive order on tackling the climate crisis at home and abroad,” Casa Blanca (27 de enero de 2021), descargado el 8 de marzo de 2021, de <<https://www.whitehouse.gov/briefing-room/presidential-actions/2021/01/27/executive-order-on-tackling-the-climate-crisis-at-home-and-abroad/>>.
 114. Geoff Mann y Joel Wainwright, Climate Leviathan: A political theory of our planetary future (Londres: Verso Books, 2018), pág. 15.
 115. Bret Baier y Gregg Re, “Sources believe coronavirus outbreak originated in Wuhan lab as part of China’s efforts to compete with US,” Fox News (15 de abril de 2020), descargado el 22 de febrero de 2021, de <<https://www.foxnews.com/politics/coronavirus-wuhan-lab-china-compete-us-sources.amp>>.
 116. Katie Bo Williams, “Republicans seek to punish China for coronavirus as Trump waffles,” DefenseOne (13 de abril de 2020), descargado el 22 de febrero de 2021, de <<https://www.defenseone.com/politics/2020/04/republicans-want-harsher-china-penalties-while-trump-prevaricates/164578/>>.
 117. Andreas Malm, Corona, Climate, Chronic Emergency: War communism in the twenty-first century (Londres: Verso, 2020), págs. 61–62.
 118. Ibíd., pág. 51, 55.
 119. Angela Mitropoulos, Pandemonium: Proliferating borders of capital and the pandemic swerve (Londres: Pluto Press, 2020), págs. 7–9, 20–22.
 120. Margaret Morganroth Gullette, “American eldercide,” Dissent (5 de enero de 2021), descargado el 9 de marzo de 2021, de <https://www.dissentmagazine.org/online_articles/american-eldercide>.
 121. Allana Akhtar, “Filipinos make up 4% of nurses in the US, but 31.5% of nurse deaths from COVID-19,” Business Insider (29 de septiembre de 2020), descargado el 9 de marzo de 2021, de <<https://www.businessinsider.com/filipinos-make-up-disproportionate-covid-19-nurse-deaths-2020-9>>.
 122. Mike Davis, “Who gets forgotten in a pandemic,” Nation (13 de marzo de 2020), descargado el 9 de marzo de 2021, de <<https://www.thenation.com/article/politics/mike-davis-covid-19-essay/>>.
 123. Harris Gleckman, “COVAX: un órgano mundial de múltiples partes interesadas que puede acarrear riesgos sanitarios y políticos para los países en desarrollo y el multilateralismo”, Transnational Institute (1 de abril de 2021), descargado el 8 de abril de 2021, de <<https://longreads.tni.org/covax>>.
 124. “Monopolies causing ‘artificial rationing’ in Covid-19 crisis as 3 biggest global vaccine giants sit on sidelines,” Global Justice Now (5 de febrero de 2021),

- descargado el 9 de marzo de 2021, de <<https://www.globaljustice.org.uk/news/2021/feb/5/monopolies-causing-artificial-rationing-covid-19-crisis-3-biggest-global-vaccine>>.
125. Andrew Harding, "Hogging Covid vaccines endangers all nations, warns South Africa expert," BBC News (27 de enero de 2021), descargado el 9 de marzo de 2021, de <<https://www.bbc.com/news/world-africa-55825559>>.
 126. "Majorities of US veterans, public say the wars in Iraq and Afghanistan were not worth fighting," Pew Research (10 de julio de 2019), descargado el 15 de marzo de 2021, de <<https://www.pewresearch.org/fact-tank/2019/07/10/majorities-of-u-s-veterans-public-say-the-wars-in-iraq-and-afghanistan-were-not-worth-fighting/>>.
 127. Mark Pocan, "The American people agree: cut the pentagon's budget," Data for Progress (20 de julio de 2020), descargado el 17 de marzo de 2021, de <<https://www.dataforprogress.org/blog/2020/7/20/cut-the-pentagons-budget>>.
 128. Stephen Semler, "Cut the military budget and give us \$2,000 checks with the money," Jacobin (23 de febrero de 2021) descargado el 17 de marzo de 2021, de <<https://jacobinmag.com/2021/02/stimulus-checks-lee-pocan-defund-pentagon-budget/>>.
 129. Greg Grandin, *Empire's Workshop: Latin America, the United States, and the Rise of the New Imperialism* (Nueva York, NY: Metropolitan Books, 2006), págs. 62-3.
 130. Abolishing the War on Terror, Building Communities of Care Grassroots Policy Agenda (Justice for Muslims Collective, HEART Women & Girls, Vigilant Love, the Partnership to End Gendered Islamophobia, Project South, the Partnership for the Advancement of New Americans y US Campaign for Palestinian Rights, 2021).
 131. Ellen Nakashima, "San Francisco Police Department pulls out of FBI anti-terrorism task force," Washington Post (10 de marzo de 2017), descargado el 14 de mayo de 2021, de <https://www.washingtonpost.com/world/national-security/san-francisco-police-department-pulls-out-of-fbi-anti-terrorism-task-force/2017/03/10/62e05bcc-fd09-11e6-8f41-ea6ed597e4ca_story.html>; Alex Zielinski, "City Council votes to remove Portland Police from FBI task force," Portland Mercury (13 de febrero de 2019), descargado el 14 de mayo de 2021, de <<https://www.portlandmercury.com/blogtown/2019/02/13/25874974/city-council-votes-to-remove-portland-police-from-fbi-task-force>>.
 132. Faris Bseiso, "Ocasio-Cortez suggests eliminating Department of Homeland Security," CNN (11 de julio de 2019), descargado el 25 de marzo de 2021, de <<https://www.cnn.com/2019/07/11/politics/alexandria-ocasio-cortez-department-of-homeland-security/index.html>>.
 133. Ellie Baron e Isaac Evans-Frantz, "War in Yemen: grassroots mobilization pressured Biden administration to pledge end of US involvement," Covert Action Magazine (26 de marzo de 2021), descargado el 26 de marzo de 2021, de <<https://covertactionmagazine.com/2021/03/26/war-in-yemen-grassroots-mobilization-pressured-biden-administration-to-pledge-end-of-u-s-involvement/>>.
 134. Samuel Moyn, *Beyond Humanity: how to control America's use of force* – Quincy Brief No. 5 (Quincy Institute, July 2020), descargado el 21 de marzo de 2021, de <<https://quincystate.org/2020/07/15/beyond-humanity-how-to-control-americas-use-of-force/>>.
 135. Raúl Zibechi, *Territories in Resistance: A cartography of Latin American social movements* (Oakland, CA: AK Press, 2012), págs. 167-9.
 136. Sandy Tolan, "Veterans came to North Dakota to protest a pipeline. But they also found healing and forgiveness," Los Angeles Times (10 de diciembre de 2016), descargado el 27 de marzo de 2021, de <<https://www.latimes.com/nation/la-na-north-dakota-20161210-story.html>>.



El Transnational Institute (TNI) es un instituto internacional de investigación y promoción de políticas que trabaja por un mundo más justo, democrático y sostenible. Durante más de 40 años, el TNI ha actuado como punto de enlace entre movimientos sociales, académicos y académicas comprometidos, y responsables de políticas.

www.TNI.org